
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Adam Surray
LA MALDICION DE LOS BARRYMORE


SELECCION
TERROR

ADAM SURRAY

LA MALDICION DE LOS BARRIMORE

Colección SELECCION TERROR n.° 560 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS
MEXICO

ISBN $4—02—02506—4 Depósito legal: B. 32.392—1983

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en Esparta: noviembre, 1983

1.* edición en América: mayo, 1984

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N 152, Km 21,6501 Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Martha Harrison entornó los ojos. Acusando el rojizo sol del atardecer. Las arrugas se acentuaron en el rostro de la mujer.

—¡Señoritas, por favor!… ¡Les ruego no se alejen! ¡Alan promete solucionar la avería en breve tiempo!

Las palabras de la profesora Harrison no merecieron atención alguna. La mayoría de las muchachas descendieron del autocar corriendo hacia las rocas. Riendo alborozadas.

Alan Rowland, el conductor del vehículo, sí respondió mentalmente al comentario de la mujer. Enviándola al infierno. Él no había prometido nada, pero procuraría terminar cuanto antes. Estaba deseando finalizar el viaje.

—¿Es grave, Alan? ¿Quieres qué te ayude?

Hacía calor.

Un calor húmedo y pegajoso.

El sol, aunque ya declinando, había castigado la costa californiana con virulentos rayos.

La tierra parecía hervir.

Mucho calor.

Y Alan Rowland sintió un escalofrío. De la cabeza a los pies. Trató de forzar una sonrisa. De responder. Nada de ello consiguió. Sólo unos sonidos roncos brotaron de su garganta. Acusando su marcado nerviosismo. Sus ojos si hablaron. Devorando con la mirada a la muchacha.

Allí estaba Sharon Kingsley.

Una vez más.

Provocándole.

Una joven de unos veinte años de edad. Como el resto de sus compañeras. Todas oscilando entre los dieciocho y los veintidós años de edad. Sólo que Sharon era algo especial. Ya lo demostró desde el inicio del viaje. Provocando deliberadamente a Alan Rowland. Una y otra vez. Riendo junto con sus compañeras por la turbación y nerviosismo del conductor.

—¡Eh, Sharon! —gritó una juvenil voz—. ¡Ven aquí…!

Sharon luda una blusa anudada bajo el busto y diminutos shorts. El sudor pegaba la blusa a su cuerpo. Como una segunda piel. Modelando sus senos al máximo. Sombreando la rosada aureola de sus pezones.

La joven se había aproximado a Alan Rowland que, inclinado sobre el motor del autocar, se esforzaba en permanecer ajeno al sensual contacto provocado por Sharon.

Sin conseguirlo.

Percibía aquellos duros y erectos senos rozando su brazo derecho.

La llamada hizo girar a Sharon que se alejó riendo a carcajadas. Cuatro compañeras le hacían señas desde lo alto de una roca.

—¿Qué ocurre, Julie?

Julie Preston era una rubia de sonrisa sensual y maliciosos ojos. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza. Un peinado que acentuaba el perfecto óvalo de su rostro.

—¡Mira lo que ha descubierto Jessica…!

La joven que respondía al nombre de Jessica rio divertida.

—Una bonita playa, Sharon. ¿Recuerdas que te apetecía un baño?

Sharon asintió contemplando la bella cala existente al fondo de los acantilados. Una paradisíaca ensenada que se adentraba en tierra al amparo de las rocas.

—Cierto… Tengo la ropa pegada al cuerpo.

—¿Ropa? ¿Qué ropa?

Debra Thorin siempre era así de ocurrente. No contaba con el atractivo físico de sus compañeras. Su rostro era algo mofletudo y con una figura propensa a la obesidad.

Debra sí tenía sentido del humor. Un humor en ocasiones ferozmente cruel y sarcástico.

—Alguna ropa sí llevo encima —rio Sharon—. ¡Vamos a bañamos!

Eran cinco las muchachas que estaban sobre la roca. En lo alto del montículo. Cuando se disponían a iniciar el descenso, les llegó la voz de Martha Harrison.

—¡Señoritas…! ¡Permanezcan aquí…! ¡Qué nadie abandone la explanada…!

Las muchachas rieron a carcajadas haciendo caso omiso a la orden.

Paula Scott iba en primer lugar. Como siempre. Paula quería ser la primera en todo. Así había sido criada. Mimada al máximo. Sin límite. Acostumbrada a que todos sus caprichos fueran hechos realidad. Su padre, el todopoderoso Ralph Scott, se encargaba de ello.

—¡Por aquí ya no se puede…! ¡Hay que dar un rodeo!

—¡Esperarme! —exclamó Jessica, saltando con un solo pie—. He perdido uno de los zapatos…

—¿De veras? Creí que ya no te quedaba nada por perder.

El comentario de Debra provocó nuevas risas. Incluida la de Jessica, aunque ésta muy forzada. Consciente de haber sido atacada. Tampoco era la primera vez. Jessica no tenía clase. Sólo dólares. Y eso no se lo perdonaban sus compañeras del aristocrático y refinado Bartow Center School de San Francisco. Jessica era hija de una escandalosa y frívola actriz ya retirada. Una mujer que comerció con su cuerpo y con el de su hija para alcanzar la cumbre. De ahí el cruel comentario de Debra. Uno más de su repertorio.

Paula casi perdió el equilibrio.

El terreno era muy pronunciado y rocoso.

—Tener cuidado… Estos acantilados son peligrosos.

—Mejor. La bruja Martha no se atreverá a seguirnos —replicó Sharon.

—¿De cuánto será la multa? —rio Julie, jocosamente—. Recuerdo la última… Cuando proyectamos aquella película pomo en el Salón azul La directora esperaba ver el reportaje gráfico de la excursión a Italia y…

—Apareció aquel primer plano del negro —completó Sharon.

Las cinco muchachas volvieron a reír a carcajadas.

Ya habían llegado a la cala. De arena fina y limpia. Aún caliente por la interminable caricia del sol. Reinaba un sobrecogedor silencio. Como si el tiempo se hubiera detenido en aquella hondonada. Una arena que parecía virgen. Ajena a pisadas humanas.

Un silencio ahora turbado por las risas y exclamaciones de las cinco exultantes muchachas.

Corriendo hacia aquel remanso de cristalinas aguas.

Debra, Paula y Jessica no hicieron ademán de quitarse la ropa. Llevaban todas ellas ajustados hot-pants. Se adentraron en el agua hasta poco más arriba de las rodillas.

Julie lucía un conjunto de verano transformable en bikini con solo despojarse de la falda y la pieza superior.

Sharon sí dio un buen espectáculo.

Primero se quitó la blusa. Los desnudos senos no acusaron contraste alguno. El bronceado de piel era uniforme. Intenso. Se despojó seguidamente del short. Luciendo tan sólo una minúscula braguita de blanco encaje. Introdujo los pulgares bajo el elástico de la fina prenda deslizándola por los muslos.

—¡Declaro esta playa como nudista! —rio Sharon, corriendo hacia el agua—. ¡La playa de las cinco vírgenes!

Debra había trepado hasta una de las rocas para evitar mojarse. Sonrió con su habitual sarcasmo.

—Las cinco vírgenes… Eso sí tiene gracia.

Paula y Jessica también retomaron a la orilla. Encendieron sendos cigarrillos. Alzaron la mirada al azul cielo. El sol ya no alcanzaba con sus mortecinos rayos la ensenada; aunque sí la envolvía en un rojizo resplandor.

Jessica ahogó un suspiro.

—Es un bonito lugar…

—De ser un poco más grande o de un fácil acceso, ya estaría repleto de latas de cerveza y restos de sandwich —argumentó Paula—. Tiene suerte de estar escondido entre rocas.

Julie se había alejado hacia un grupo de árboles.

Retornó a los pocos minutos.

—¡Eh, chicas…! ¡Ahí detrás hay una especie de sendero. Puede que nos evite el subir como si fuéramos cabras.

—Me parece buena idea —aprobó Debra—. Yo casi no me atrevo a trepar por donde hemos bajado.

Sharon fue la última en salir del agua.

Deambuló unos minutos por entre las rocas antes de acoplarse la blusa. Fue al inclinarse para recoger el slip, cuando quedó inmóvil. Con la mirada fija en los arbustos cercanos.

—¿Ocurre algo, Sharon?

La muchacha no respondió a la pregunta de su compañera Paula hasta transcurridos unos segundos. Con el slip en las manos. Y la mirada fija en los árboles.

—Me parece… tengo la impresión de que alguien nos está observando.

—No me sorprendería —respondió Debra, irónica—. Estás haciendo un numerito… ¿Por qué no terminas de vestirte? Aquí no está el pobre Alan para provocarle.

Sharon optó por reír junto con sus compañeras. Se ajustó el slip y el short, aunque sin molestarse en anudar la blusa bajo el busto.

—¡Seguidme! —exclamó Julie—. ¡He descubierto el viejo sendero de los buscadores de oro!

Abandonaron la cala.

Adentrándose por un agreste terreno pródigo en rocas y arbustos. Ciertamente existía una especie de sendero, pero finalizaba a las pocas yardas. Cortado por la frondosa vegetación.

—¿Y ahora? —inquirió Paula, con una mueca de fastidio— ¿Qué dice nuestra gran guía? Esto es peor que el camino de cabras.

—Es mejor dar vuelta y subir por…

Jessica no pudo terminar de hablar.

Interrumpida por sus compañeras.

—¡Nada de eso! —protestó Debra—, Por aquí damos un pequeño rodeo, pero continua siendo mejor camino. Apuesto que después de esas rocas el terreno será más accesible.

Reanudaron la subida.

Bordeando rocas y elevados peñascos.

—¡Ya lo hemos conseguido! —sonrió Julie, triunfante—. Ya sabía yo que… ¡Eh, mirad!

Habían alcanzado una pequeña planicie. Y desde allí, hacia lo alto, el terreno resultaba de fácil ascensión. Lo que había llamado la atención de Julie estaba situado al fondo. A menos de cien yardas.

Era una casa.

Se llegaba a ella por un pasillo rocoso. Un desfiladero. Como una especie de túnel que se iba haciendo paulatinamente más estrecho hasta desembocar en la casa.

—¡La mansión de Drácula! —rio Debra.

Las muchachas rieron jocosamente.

Ciertamente la casa tenía algo de lúgubre. De tenebroso. En el fondo de los acantilados. Cercada por rocas. Salpicada por las olas que rompían con furia. Como un extraño faro.

—¡Vamos a echar un vistazo! —decidió Sharon, corriendo hacia la casa—, ¡Puede que encontremos un tesoro!

Se adentraron por la rocosa galería.

Al final, sobre una explanada, se alzaba el caserón. Fantasmagórico. Envuelto ya en las sombras del atardecer. Era audible el romper de las olas contra la parte posterior.

Jessica volvió a perder el zapato.

No llamó a sus compañeras para evitar la segura e hiriente burla de Debra. Retrocedió unos pasos para recuperar el zapato. Se lo estaba ajustando cuando

sonó la voz.

Una voz muy débil.

Lejana.

Como procedente del más profundo de los abismos.

—Jessica…

La joven respingó.

Contemplando estupefacta al individuo que había surgido ante ella.

Un hombre joven. Extremadamente delgado. De rostro pálido. Casi cadavérico. Con los ojos muy hundidos. El labio superior adornado por un fino bigote. Lucía una vestimenta anacrónica. Levita de amplios faldones, camisa almidonada, lazo de seda al cuello…

De nuevo la voz del individuo.

Susurrante.

—No acudas a la casa maldita, Jessica… Aléjate…

La muchacha parpadeó repetidamente.

—Pero… ¿Quién eres tú? ¿Cómo sabes mi nombre?

Jessica ladeó la cabeza al oír las lejanas risas de sus compañeras. Ya no eran visibles. Sin duda ya habían penetrado en el caserón.

—Oye, creo que…

Jessica enmudeció.

Había retomado la mirada hacia el individuo y…

Ya no estaba allí.

Había desaparecido. En fracción de segundo. Como si se hubiera volatizado en el aire.

El estupor se acentuó en Jessica que comenzó a dirigir nerviosas miradas a izquierda y derecha. Se encontraba en el sendero rocoso. De altas paredes pedregosas y húmedas.

De difícil escalada.

Una sensación de temor se apoderó de Jessica. Desconcertada por lo ocurrido.

Reaccionó emprendiendo veloz carrera hacia la casa. Al encuentro da sus compañeras.

Sí.

Ya se habían introducido en la casa.

Una casa que pareció a Jessica aún más tenebrosa. De una sola planta. Construida en piedra. Con musgo recubriendo la fachada. Se entraba a la casa por una corta escalinata. La puerta protegida por un artístico colgadizo a modo de porche. Amplios ventanales con celosía. En el tejado, un ojo de buey delataba la existencia de una buhardilla.

El caserón había sido duramente castigado por el viento y la furia de las olas.

Acentuando la erosión en la fachada y tejado; no obstante su sólida construcción lo hacía habitable.

Jessica penetró en la casa guiada por las risas de sus compañeras.

—¡Eh, Jessica! —exclamó Julie—, ¿De dónde sales?

—Un hombre… había un hombre en el camino —respondió Jessica, aún jadeante—. Un hombre de pálido semblante… Joven y atractivo…

De nuevo intervino el sarcasmo de Debra.

—¿De veras? Sin duda se trata de un príncipe azul en busca de virtuosa doncella. Tienes suerte, Jessica. ¿Cuándo es la boda?

—Hablo en serio. ¡Le he visto!

—¿Dónde está? —interrogó Sharon—. Nunca le hago ascos a un hombre atractivo.

—De… desapareció… Me dijo que esta casa estaba maldita…

—Muy graciosa. ¿Qué pretendes? —dijo Paula, con los brazos en jarras—, ¿Asustarnos? ¿A nosotras?

—Una cosa es cierta, chicas —sonrió Debra, deambulando por el salón—. La casa está habitada. Platos, restos de comida, una limpieza mediana…

En efecto.

Se encontraban en un amplio salón comedor. Mesa, sillas y sofá de mobiliario antiguo.

Estanterías con barcos en miniatura, objetos marinos y libros de navegación. No había luz eléctrica. Sí se veían artísticos quinqués por todos los rincones de la estancia.

La rubia estaba tratando de encender uno de aquellos quinqués para incrementar la luz crepuscular.

Había un pasillo a la izquierda. Con puertas a ambos lados. Al final una escalera de caracol. Una puerta también al fondo del salón-comedor. Una hoja de madera magistralmente trabajada. Sobre ella un escudo. Un artístico grabado que representaba un ancla sosteniendo a cada lado la inicial «B».

Paula se encaminó hacia aquella puerta.

Julie todavía continuaba porfiando con el quinqué.

La diestra de Paula ni tan siquiera llegó a rozar el pomo de la puerta. Quedó inmóvil.

Al igual que sus compañeras.

Todas ellas alarmadas por el ruido.

Unos pasos.

Unos pasos procedentes de la buhardilla.

CAPITULO II

Las pisadas se extendieron a lo largo del techo del salón. Ruidos. En extraño sonido.

Como si se arrastrara uno de los pies y se posara con más fuerza el otro.

El ruido se fue alejando.

Y al instante el chirriar de la puerta. Las fuertes pisadas ahora en la escalera de caracol.

Jessica, por ser la más próxima al umbral, fue la primera en asomarse al comedor. Y la primera en gritar. Su reacción hizo que Paula también gritara instintivamente. Todas se agruparon bajo el umbral. Iniciando veloz huida hacia la puerta de salida.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

La ronca voz paralizó a las muchachas.

Y también tuvo el efecto de tranquilizarlas.

Jessica y Paula, que con sus gritos habían provocado la general alarma, ya estaban junto a la puerta.

Fue Sharon quien reaccionó.

—Eres una estúpida, Jessica… ¿Por qué has gritado? ¿Y tú, Paula?

—Al oír gritar a Jessica…

Sharon sonrió extendiendo el brazo derecho y apoyando la mano en el quicio de la puerta. Con la mirada fija en el individuo que había descendido la escalera de caracol.

Resultaba perfectamente visible merced al quinqué que portaba en su mano derecha.

Un individuo que parecía escapado de un cuento de horror.

—Has asustado a mis amigas —dijo Sharon, ampliando la sonrisa—. Jessica es muy impresionable, ¿sabes?

De nuevo el individuo dejó oír su voz.

Una voz áspera.

—¿Quiénes…? ¿Quiénes sois vosotras?

—¿Y tú? —inquirió Julie—, ¿Quién eres tú?

—¡El jorobado de Notre Dame! —exclamó Debra, con una carcajada de

inmediato coreada por sus compañeras.

Sí.

El individuo podía haber competido con el famoso jorobado de la catedral de Notre Dame.

Un hombre de edad superior a los cincuenta años. Con una voluminosa joroba que le hacía caminar encorvado. Su cabeza era grande. Al igual que los ojos. Unos ojos redondos y saltones. Las cejas muy pobladas. Su cabello sí era escaso. Acentuando la frente de marcadas arrugas. Pómulos salientes y facciones acartonadas. De rugosa piel.

El labio inferior le colgaba hacia abajo. Tenía también una pierna más corta que la otra.

El individuo no respondió.

Sus saltones ojos habían adquirido un súbito brillo.

Y la mirada se centraba en los desnudos senos de Sharon. Esta, con el brazo extendido y apoyada en el quicio, abría aún más la desabotonada blusa sin anudar.

La muchacha se percató de aquella lasciva mirada. No hizo ademán alguno por ocultar su parcial desnudez.

—No hagas caso a Debra… Es muy bromista. Yo soy Sharon. La miedosa es Jessica, luego Paula y aquella seductora rubia es Julie. Nos hemos bañado en la ensenada y al descubrir la casa decidimos echar un vistazo. Una bonita casa. ¿Eres tú el propietario?

El individuo asintió.

Moviendo su pesada cabeza.

Julie pareció comprender el juego de su compañera. Sonrió marcadamente sensual. Con aquel brillo malicioso en sus ojos.

—¿Cuál es tu nombre?

El jorobado dudó unos instantes.

Como si no quisiera responder a la pregunta. Su mirada se posó en cada una de las muchachas. Acentuando el lujurioso destello de sus ojos.

—Golstein… Arthur Golstein…

—¿Tienes algo de beber, Arthur? —se interesó Paula—, Hace mucho calor y estoy sedienta… Aquí se está bien. Las paredes de piedra proporcionan una grata sensación. Aíslan del calor. ¿Cuántos habitan la casa, Arthur?

El individuo había avanzado hacia el salón:

Con su torpe caminar. Arrastrando la pierna izquierda y pisando con fuerza la

derecha.

Cada paso era un grotesco movimiento que provocaba la hilaridad de las cinco muchachas.

—Estoy solo en la casa.

—¿Solo? ¡Imposible! —exclamó Sharon fingiendo asombro—. ¿Cuánto tiempo, Arthur? ¿Cuánto tiempo de soledad?

Una extraña mueca se reflejó en el rostro del individuo. Las arrugas de su acartonado rostro parecieron acentuarse.

—Siempre… siempre he estado solo…

Sharon chasqueó la lengua.

—Eso no está bien, querido Arthur. Hay que divertirse. ¿Qué haces aquí encerrado? ¿A qué te dedicas?

—Tengo que cuidar la casa.

—¿De veras? —rio Debra—, No te esmeres mucho, Arthur. El día menos pensado, una tempestad barrerá el caserón.

Arthur Golstein también rio.

Una risa gutural.

Procedió a encender dos quinqués más del salón.

—La casa de los Barrymore jamás será destruida.

—¿Los Barrymore? —parpadeó Jessica—, ¿No eres tú el propietario?

Julie señaló hacia la puerta de artística madera.

—Ese escudo… B.B. No son tus iniciales, Arthur. ¿A quién corresponden?

De nuevo aquella extraña mueca desdibujó las facciones de Golstein. Su voz sonó aún más enronquecida.

—Es una historia que no os interesa…

—Somos muy curiosas —sonrió Paula—, ¿verdad, chicas?

—El amigo Arthur sí es curioso —dijo Sharon, aproximándose lentamente al jorobado—. Apuesto que eras tú quien nos observaba en la ensenada. Mientras me bañaba desnuda. Sentí unos ojos sobre mi cuerpo… Una mirada intensa… al igual que ahora.

Sí.

Los saltones ojos de Arthur Golstein estaban fijos en los desnudos senos de Sharon generosamente al descubierto.

—No… yo no…

—No mientas, Arthur —rio la exuberante Julie—, De seguro te dedicas a contemplar a las bañistas. ¿Qué dices de mí? ¿Te gusto?

Las manos de Julie se deslizaron por sus senos. Hasta la cimbreante cintura.

Sus compañeras rieron divertidas.

—Tal vez le gusten las gorditas como yo —intervino Debra—. Podemos hacer un pequeño concurso. Un strip-teasse. La ganadora se quedará con el apuesto jorobado del caserón maldito.

Golstein respingó.

Resultó espeluznante ver sacudir su voluminosa cabeza de un lado a otro. Giró torpemente hacia Debra. Encorvado y con aquel siniestro arrastrar de su pierna izquierda.

—¡No está maldita…! ¡La casa no está maldita!

La reacción del individuo incrementó las risas de las cinco muchachas.

—Por supuesto que no, Arthur —dijo Sharon, tranquilizadora—. Debra habla demasiado. Me gusta tu casa. Es acogedora y romántica. Ideal para una noche de bodas.

—Voy a echar un vistazo a esa habitación —dijo Paula—. Me intriga el escudo grabado en…

Fue como un rugir.

Como el alarido de una fiera.

—¡No…! ¡Atrás…! ¡Atrás…!

La reacción de Arthur Golstein fue marcadamente violenta. Avanzó con sus torpes pasos. Vociferante. Con el rostro desencajado.

Cerró el paso a Paula.

Las cinco muchachas se miraron sorprendidas. Perplejas por la brusca reacción del individuo.

—¿Qué ocurre, Arthur? —interrogó Sharon—. No somos ladronas. No tenemos intención de robarle nada.

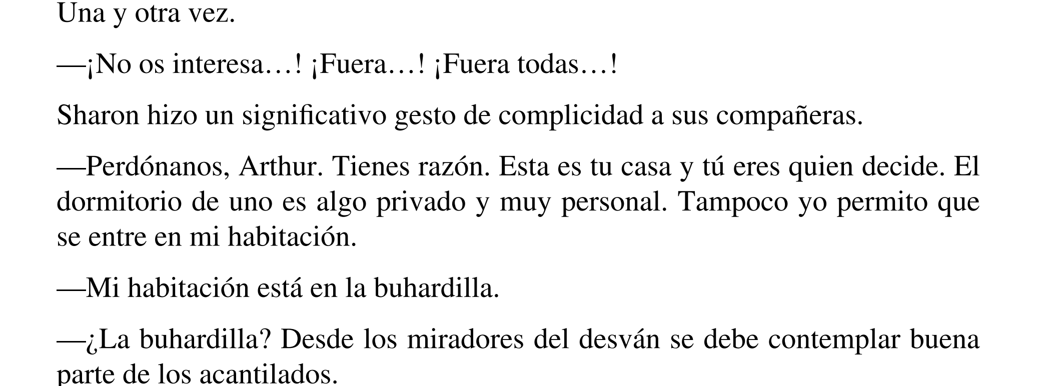
—Nadie puede entrar ahí… nadie…

—¿Por qué no?

—Esa alcoba pertenece a ellos.

—¿Ellos? —el estupor de Sharon era compartido por sus compañeras—. ¿A quién te refieres, Arthur?

El individuo sacudió la cabeza.



Una y otra vez.

—¡No os interesa…! ¡Fuera…! ¡Fuera todas…!

Sharon hizo un significativo gesto de complicidad a sus compañeras.

—Perdónanos, Arthur. Tienes razón. Esta es tu casa y tú eres quien decide. El dormitorio de uno es algo privado y muy personal. Tampoco yo permito que se entre en mi habitación.

—Mi habitación está en la buhardilla.

—¿La buhardilla? Desde los miradores del desván se debe contemplar buena parte de los acantilados.

—Debe ser maravilloso —añadió Julie, siguiendo el juego de su compañera—. El atardecer entre las rocas, el mar con sus azules olas coronadas por nívea espuma… Me gustaría subir.

—No tengo inconveniente en mostraros la buhardilla —murmuró Golstein, con su ronca voz—. Ese es mi verdadero hogar. Arriba. En el desván.

—¡Oh, sí…! Gracias, Arthur… ¡Vamos…! ¡Vamos…!

Sharon se colgó del brazo del individuo.

Apretándose contra él.

Arthur Golstein rio percibiendo el contacto de los duros senos femeninos. Alargó su zurda alcanzando uno de los quinqués.

Salieron al corredor.

Encaminándose hacia la escalera de caracol.

El individuo iba escoltado por Sharon y Julie. Las otras tres muchachas quedaron en el salón.

—Yo llevaré el quinqué —se ofreció Julie, subiendo el primer lugar.

Sharon contuvo con dificultad la risa.

Observando como el deforme Arthur Golstein ladeaba la cabeza para mejor contemplar las piernas de Julie.

La escalera de caracol conducía a una pesada puerta de gruesa hoja de madera.

Julie tuvo que empujar con fuerza. La puerta se entreabrió con un penetrante y breve chirriar.

Por los cuatro ventanales de la buhardilla aún llegaba el mortecino resplandor del atardecer. El desván formaba una pieza. Sin tabiques ni divisiones. Sólo las columnas y el tiro de la chimenea.

Una sensación de frío y humedad se acusaba. Acentuada por la casi carencia

de mobiliario.

Sólo un camastro, un armario y un par de sillas. También un gigantesco baúl en uno de los rincones.

Julie dejó el quinqué en uno de los salientes de la pared.

Arthur Golstein se aproximó a uno de los miradores. Eran cuatro los ventanales. Dos a la fachada principal y dos más en la parte posterior del caserón.

—Está sucio el cristal —rio Golstein, pasando la bocamanga por el vidrio—. Yo no acostumbro a…

—Ven aquí, Arthur.

La sensual voz de Sharon interrumpió al individuo.

La muchacha estaba junto al camastro. Y se había despojado de la blusa.

Los saltones ojos de Arthur Golstein casi se salen de las órbitas.

Avanzó con torpe paso.

Arrastrando su pierna izquierda.

Alargó sus manos hacia Sharon. Una manos cortas. De dedos gruesos. Una manos húmedas que se apoderaron ávidamente de los senos femeninos.

Sharon sonrió.

—Tranquilo, Arthur… tranquilo… Déjame ponerme cómoda —susurró la muchacha, rechazando a Golstein—. Julie también quiere participar en la fiesta. ¿Te atreves con las dos, querido?

El individuo comenzó a reír.

Sacudiendo la cabeza una y otra vez.

—¡Con todas…! ¡Con todas…!

Julie se estaba desabotonando la pieza superior del vestido. También las manos de Sharon manipulaban en el cierre del ceñido short. Aquello hizo que Arthur Golstein se dejara caer sobre el camastro. Con torpes movimientos también él procedió a desvestirse.

Y fue el momento aprovechado por las dos muchachas.

Julie y Sharon corrieron hacia la puerta.

Riendo a carcajadas.

Sharon pasó en primer lugar. Con la blusa en la mano izquierda. Julie, que ni tan siquiera se había despojado de la pieza superior del vestido, fue quien tiró de la pesada puerta. La llave estaba en la cerradura. Sharon la hizo girar con rapidez.

Encerrando al jorobado en la buhardilla.

Descendieron la escalera de caracol.

A sus cantarinas carcajadas pronto se unieron las de Paula, Debra y Jessica que esperaban bajo el umbral de entrada al salón.

—¿Dónde está? —inquirió Paula.

—¡Le hemos encerrado arriba!

—¡Vamos entonces a la habitación del tesoro! —rio Debra.

Las cinco muchachas corrieron regocijadas hacia la puerta de artística madera grabada.

Las cinco acudían al encuentro de la muerte.

CAPITULO III

Fue Sharon quien hizo girar el pomo de la puerta.

La hoja de madera cedió mansamente. Sin el menor ruido. Deslizándose con suavidad.

La estancia contaba con un único ventanal protegido por fino cortinaje. Era visible el fondo azul del mar.

Y se escuchaba el romper de las olas contra las rocas. Una ventana que comunicaba con la parte posterior de la casa. Con vistas a las embravecidas olas.

El avanzado atardecer envolvía en penumbras la habitación.

—¿Dónde hay un quinqué? —solicitó Sharon, entornando los ojos—. Buscar un…

Paula se abrió paso.

Su diestra sostenía uno de los quinqués del salón. Descubrió otro acoplado en la pared de la habitación. Casi junto a la puerta de entrada.

Lo iluminó.

Las cinco muchachas permanecieron unos instantes inmóviles. Casi bajo el umbral.

Contemplando con asombro la estancia.

Fue Paula quien, con el quinqué en la mano, se adelantó unos pasos. Lo depositó sobre un buró bellamente tallado.

Los dos quinqués proporcionaban una buena iluminación.

Suficiente para apreciar todos los detalles de la estancia. Era como adentrarse en el pasado. En un museo. Al fondo, una cama con dosel dominaba casi toda la pared.

Escoltada por dos mesas de noche. Una cama con profusión de encajes. Sobre el fino edredón infinidad de pétalos de rosa. Ya marchitos. Sobre la almohada, en hilo de oro, el escudo. El ancla con la doble inicial. Un bordado que destacaba coronado por aquellos marchitos pétalos.

Un extraño perfume se dejaba sentir.

Estanterías y muebles adornados con profusión de pequeños objetos de arte.

Candelabros, figuras, porcelanas… También algunos libros. Lujosamente encuadernados en piel. Libros de poesía.

Jessica comenzó a reír.

Nerviosamente.

—Esto parece un mausoleo…

—Cierto —asintió Sharon, con un mohín—. No me gusta. Demasiado recargado y cursi.

Apesta a romanticismo.

—Yo lo encuentro lúgubre.

La voz de Paula sonó muy débil.

Temblorosa.

Impresionada por aquel anacrónico decorado. Consciente de estar quebrantando algo íntimo.

—Eso también es cierto —rio Sharon—, Esto es lúgubre.

—¡Eh, mirad…! ¡Ahí tenemos al tal Barrymore! —exclamó Debra, aproximándose a un cuadro que colgaba de una de las paredes—. Sí… aquí lo dice… Lord Barrymore… Brian Barrymore… Un hombre atractivo.

Las muchachas se acercaron.

—Un poco pálido para mi gusto —dijo Julie.

—Tal vez fuera un vampiro —rio Debra, rebuscando en su bolso de mano una pastilla de mascar—. Los vampiros siempre… ¿Te ocurre algo, Jessica?

La palidez de la azucena se había apoderado de las facciones de Jessica. Tenía los ojos desorbitados. Fijos en el cuadro. Sus labios balbuceaban trémulos, aunque incapaz de articular sonido.

El cuadro representaba la figura de un hombre joven. Muy delgado. De facciones pálidas y ojos hundidos. Luciendo un fino bigote. Vestía elegante levita, camisa rizada con lazo de seda y pantalones rayados. Al pie, en una ondulante banda, el nombre de lord Brian Barrymore.

—Es… es… él…

Jessica había conseguido hablar.

Con voz apenas audible.

—¿Algún viejo conocido de la familia, Jessica? —rio Debra—, ¿Un cliente de tu madre?

Esta vez el hiriente sarcasmo de Debra pasó desapercibido para la atemorizada Jessica.

—Es… es el hombre que me salió al encuentro…

—No digas tonterías —replicó Sharon—. No hay más que contemplar el cuadro para deducir que el tal Brian Barrymore está muerto o bien es ahora un viejo de cien años. Nadie se te apareció en el camino, Jessica. Lo has dicho para impresionarnos.

Jessica denegó con un movimiento de cabeza.

Sin apartar los ojos del cuadro.

—Es él… ¡Lo juro…! La misma ropa… la palidez de su rostro… esos ojos hundidos y oscuros, el bigote…

El artista había hecho una buena obra.

Tal vez no fuera un excelente pintor, pero había conseguido dar una misteriosa expresión al rostro del tal Barrymore. Un invisible rictus de amargura. Una profunda tristeza que también parecía reflejarse en aquellos hundidos y oscuros ojos.

—¡Déjanos en paz con tus histerias!

—Paula tiene razón —asintió Julie, furiosa—. ¡Ya basta, Jessica!

Debra giró hacia la puerta.

—Mejor será irnos, chicas. Aquí no hay nada interesante. Y apuesto que la señorita Harrison nos…

Debra enmudeció.

Bajo el umbral de entrada a la habitación había aparecido Arthur Golstein. La ira desencajaba sus facciones acentuando la fealdad de su rostro. Jadeaba con fuerza.

Parecía aún más encorvado. Como incapaz de soportar su voluminosa joroba.

Sacudiendo su cabeza de un lado a otro.

—Malditas… malditas…

—¡El bueno de Arthur! —rio Sharon—, ¿Por dónde has salido?

—¡Sacrílegas! —aulló Golstein, arrastrando lastimosamente su pierna izquierda—. ¡Malditas furcias…!

Las muchachas rieron divertidas. A excepción de Jessica. Esta aún dirigía atemorizadas miradas al retrato de Brian Barrymore.

Debra retrocedió.

Al igual que sus compañeras.

Burlando con facilidad los torpes intentos de Arthur Golstein por atraparlas.

Esquivándole una y otra vez.

—¡Ya nos vamos, Arthur! —rio Julie—. ¡Tranquilo…! Ha sido un placer conocerte y disfrutar de tu hospitalidad tan…

El jorobado había tropezado aparatosamente contra el buró. Se aferró al mueble para mantener el equilibrio, pero terminó por caer al suelo. Y el quinqué depositado sobre el buró también cayó.

Se inflamó.

Entre las piernas de Arthur Golstein.

Las llamas pronto prendieron fuego en las ropas del individuo. Este comenzó a gritar braceando en un vano intento por apagar el voraz fuego.

—¡Ayuda…! ¡Ayudadme…!

Las cinco muchachas no reaccionaron.

Contemplaron horrorizadas la escena.

Arthur Golstein se retorcía por el suelo. Grotescamente. Sacudiendo su deforme figura.

Aullando. Ya envuelto en llamas. Convertido en una antorcha humana.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Sharon, corriendo hacia la puerta—. ¡Salgamos antes de que se prenda fuego en la habitación!

Se precipitaron hacia la salida.

Dejando tras de sí los desgarradores alaridos de Arthur Golstein.

Abandonaron atropelladamente la casa.

Todavía en la escalinata del porche vieron aparecer a Alan Rowland. El conductor del autocar llegaba caminando por el sendero rocoso. Maldiciendo entre dientes. Al descubrir a las muchachas incrementó las zancadas a la vez que agitaba los brazos.

—¡Eh, ustedes…! ¡La señorita Harrison les…!

El alucinante alarido hizo enmudecer a Alan Rowland.

Ya estaba junto a la casa.

Y comenzó a parpadear perplejo. Sorprendido por los desgarradores gritos procedentes del interior del caserón.

—¿Qué… qué sucede…?

Las cinco muchachas ya rodeaban al aturdido conductor.

Fue Paula la más rápida en reflejos.

—Un… un hombre… intentó atacarnos… quería violarnos…

—Tropezó con un quinqué —añadió Sharon—, Cayó al suelo y quedó

envuelto en llamas. Nosotras echamos a correr y…

Alan Rowland bizqueó.

—¿Envuelto en…?

De nuevo un espeluznante alarido. Y ahora apareció Arthur Golstein. Bajo el porche de la casa. Golpeando contra la baranda de la escalinata. Enloquecido por el dolor.

Convertido en llameante antorcha.

Rodó escaleras abajo.

Agitándose convulsivo.

—¡Santo Dios! —exclamó Rowland, corriendo hacia la escalinata—. ¡Deténgase…! ¡Deténgase…!

Arthur Golstein se había incorporado después de gatear unas yardas. Fue hacia la parte trasera de la casa. Ajeno a la llamada de Alan Rowland. En busca del mar embravecido que golpeaba las olas contra las rocas.

Arthur Golstein se arrojó al vacío.

Con los brazos en cruz.

Su silueta recortada en fuego quebró la oscuridad del atardecer. Un cuerpo envuelto en llamas que comenzó a rebotar contra los salientes peñascos. Un desgarrador alarido que se silenció reemplazado por el rugir de las olas.

***

Wilford Lennon, sheriff de Bessville, llevó el dedo índice al ala del sombrero a la vez que esbozaba una sonrisa.

—No olvide mi nombre, señorita Harrison. Y diga al señor Scott que no debe preocuparse por nada. Al igual que el señor Kingsley. Él nombre de sus hijas no figurará en este lamentable accidente. Yo me encargaré de ello.

Martha Harrison asintió.

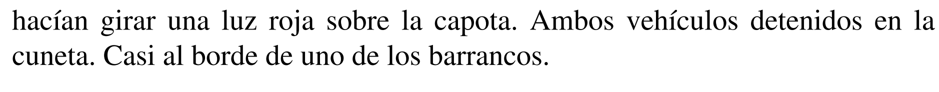
Con la mirada fija en el representante de la ley.

—Gracias, sheriff. Ciertamente no olvidaré su nombre y comunicaré a los padres de las cinco muchachas todo cuanto ha hecho. Estoy convencida de que recibirá respuesta de ellos.

La sonrisa se amplió en el rostro de Wilford Lennon.

Contempló como uno de sus agentes acompañaba a Martha Harrison hasta el autocar.

Iluminándole el camino con una linterna. Una ambulancia y un coche patrulla


hacían girar una luz roja sobre la capota. Ambos vehículos detenidos en la cuneta. Casi al borde de uno de los barrancos.

—Sheriff…

Wilford Lennon respingó rompiendo el hilo de sus pensamientos.

Ladeó la cabeza.

—Ah, Rowland… También usted puede irse. ¿Ha firmado ya la declaración, verdad?

—De eso quería hablarle —carraspeó Alan Rowland—. La declaración que he firmado…

—¿Ocurre algo?

El conductor volvió a carraspear.

—Bueno, yo… Su agente no ha recogido todas mis palabras. En la declaración se dice que yo llegué a la casa en busca de unas alumnas del Bartow Center School rezagadas… y que entonces vi salir a ese individuo envuelto en llamas precipitarse por los acantilados… Luego, al ir a denunciar el suceso, encontré a las cinco muchachas.

—¿Y bien?

La seca voz del sheriff incrementó el azoramiento de Alan Rowland.

—No fue así. Al llegar yo, las chicas salían de la casa. Afirmaron que ese individuo había intentado atacarlas y…

—Olvide eso, Rowland —interrumpió Wilford Lennon—, Las muchachas deben permanecer al margen. Por el bien de ellas… y también por el suyo.

—¿El mío?

—Esas chicas son hijas de gente importante, Rowland. De individuos poderosos. La prensa sensacionalista encontraría buena carnaza en la historia. Paula Scott, Sharon Kingsley, Julie Preston… escapando de un sádico violador que termina envuelto en llamas. Adivino la reacción de esos padres. Primeramente apartar a sus hijas del Bartow Center School acusando al colegio de no haber cuidado bien de ellas. Y el Bartow Center School reaccionaría despidiéndole a usted.

—Yo no…

—Es mejor para todos que las muchachas permanezcan al margen —volvió a interrumpir el representante de la ley—. Tampoco sería justo mezclar a esas inocentes criaturas en tan sórdido asunto, ¿no le parece?

Alan Rowland no respondió.

Estaba pensando en la… inocente Sharon.

El sheriff palmeó la espalda de Rowland.

—Limítese a la declaración firmada, Rowland. Y no se arrepentirá. Estoy seguro de ello. Esa gente es importante, pero sabe agradecer un favor.

Alan Rowland asintió.

Con un débil movimiento de cabeza.

—Tiene razón…

—Por supuesto.

—Oiga, sheriff… Tampoco se encuentran en mi declaración las palabras de ese pobre desgraciado. Mientras les esperaba descendí para evitar que las olas arrastraran el cuerpo. Ese tal Arthur Golstein yacía destrozado sobre las rocas. Convertido en un despojo humano. El mar había apagado el fuego, pero… Dios… jamás olvidaré ese cuerpo horriblemente mutilado por el fuego… por los golpes contra las rocas… Horripilante… Y su voz…

—La voz de un moribundo delirando.

Alan Rowland se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Era… era espeluznante… no pude entender el significado de sus palabras… parecía una plegaria… como si invocara a alguien… Sólo un nombre logré descifrar. Brian Barrymore. Estoy seguro de que pronunció ese nombre.

—Estaba delirando. Las palabras de un moribundo —volvió a recalcar Wilford Lennon—. ¿Por qué iban a figurar en su declaración?

—Sí, claro…

—Adiós, Rowland. Y recuerde mi consejo. Limítese a la declaración firmada. ¿Es usted casado?

—Sí.

El sheriff esbozó una sonrisa.

—Las mujeres hablan demasiado, Rowland. Les gusta chismorrear. Cinco inocentes muchachas pueden ver sus nombres en grandes titulares. ¿Ha oído hablar de Walter Parrish? Es el periodista más sensacionalista de todo California. Si el suceso llega a su conocimiento… Ya puede imaginar los titulares. «Loco violador intenta atacar a la hija del todopoderoso Ralph Scott…» «La joven Sharon Kingsley escapa de un violador…» Desagradable, ¿versad, Rowland?

El conductor movió afirmativamente la cabeza.

Y de nuevo las palmadas del sheriff a su espalda.

—Lo dicho, Rowland. Ni una palabra a nadie. Ni tan siquiera a su mujer. Puede incluso que le demanden por difamación.

Alan Rowland agrandó los ojos.

—¿A mí?

—¿Por qué no? —sonrió el sheriff—. Usted ha firmado una declaración. Añadir algo puede perjudicarle. No lo olvide.

Wilford Lennon se alejó hacia el coche patrulla.

Y Rowland se encaminó hacia el autocar.

Su subida al vehículo fue recibida con aplausos, risas y gritos.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo, Rowland —dijo la profesora Harrison, con avinagrado semblante—. Procure llegar cuanto antes a San Francisco. ¡Estoy deseando terminar el viaje!

La profesora se alejó por el pasillo del autocar.

Alan Rowland respiró con fuerza.

Accionó el contacto e iluminó los faros del vehículo. Ya las sombras de la noche eran dueñas de la zona.

El autocar inició la marcha.

Los ojos de Alan Rowland fueron hacia uno de los espejos retrovisores.

En los primeros asientos se encontraban Sharon, Debra y Paula.

Y los ojos de Rowland se encontraron con los de la rubia Julie. Esta sonrió. Con aquel malicioso brillo en sus ojos. Le hizo un lascivo gesto con la lengua.

También Sharon.

Riendo divertidas.

Alan Rowland centró su atención en la conducción del vehículo. No volvió a dirigir mirada alguna a las… inocentes muchachas.

También Alan Rowland deseaba llegar cuanto antes y olvidar aquel viaje.

No lo conseguiría jamás.

CAPITULO IV

La excursión facultativa a las Elcar Hills cerraba el curso en el Bartow Center School.

Y a la semana siguiente al desplazamiento, se celebraba el cumpleaños de Paula Scott.

Veinte años.

Muy bien aprovechados por Paula. Había disfrutado de la vida al máximo. Sin freno alguno. Con esa despreocupación que proporciona al tener las espaldas bien cubiertas. Y los Scott, propietarios de una cadena de hoteles por toda la costa californiana, estaban forrados de dólares.

La fiesta se celebraba en el bungalow de los Scott. Emplazado en Waite Boulevard.

Un lujoso bungalow con amplio jardín, piscina, pista de tenis e invernadero.

El grupo musical The Gander, número uno en la renacida fiebre del rock, había sido contratado para la fiesta.

Gary Salkow, el joven heredero de la Salkow Electric, ya deambulaba con los ojos vidriosos.

—Eh, Paula… ¿cuándo se marcha tu vieja?

Paula sonrió.

—Tranquilo, Gary. Es cuestión de minutos. Pronto nos quedaremos solos. ¡La fiesta es para los jóvenes!

Sí.

Allí estaba una buena representación de la juventud californiana. La de las altas esferas. Los hombres y mujeres del mañana. Con sus sueños e inquietudes.

—¿Dónde está Richard? —preguntó Lou McColl, un pecoso de nerviosos ademanes—. Prometió que…

—Llegará de un momento a otro —informó Paula—, Me telefoneó.

—¿Crees que…?

—Por supuesto. Richard nunca nos ha fallado.

Lou McColl respiró con fuerza.

Cierto.

Richard Hampton jamás llegaba con las manos vacías. Para la fiesta de Paula

había preparado un buen cocktail. Incluso algunas dosis de heroína. El padre de Richard era un magnate que se sospechaba vinculado a la Mafia. Y Richard conseguía droga de excelente calidad.

Eran otras las inquietudes de Billy Spacek. Se las estaba demostrando a Sharon.

Ambos acomodados en uno de los balancines del jardín. Entre las sombras.

Billy Spacek tenía veintidós años. Los mismos que Sharon. Aunque demasiado joven e inexperto para la audaz muchacha.

—Sharon…

—¿Sí, Billy?

—¿Por qué…? ¿Por qué tú no…?

Sharon rio divertida.

Un sudor frío empapaba a Billy Spacek. Tenía los ojos casi en blanco. Y respiraba entrecortadamente.

Sharon apartó la mano de Billy Spacek alisando seguidamente la falda del vestido.

Se incorporó. Casi con brusquedad.

El joven la contempló perplejo.

—Sharon… ¿qué te ocurre?

—Nada, Billy. Simplemente me aburres. ¡Hasta luego!

Sharon encaminó sus pasos hacia la zona iluminada de la piscina. Luciendo un vaporoso y elegante vestido de noche.

El amplio salón del bungalow, comunicante con el jardín, tenía abierta la puerta de doble hoja. Longitudinales mesas en el salón y en el jardín. Con los más exquisitos manjares y bebidas.

Gary Salkow estaba susurrando unas palabras al oído de Paula.

—¿Puedo conocer el secreto? —inquirió Sharon, aproximándose.

—Gary quiere acostarse conmigo en la habitación de mamá —rio Paula, divertida—; pero ya me he comprometido con Franklin.

—Sales ganando.

Burlonas risas corearon las palabras de Sharon. Eran varios los que se encontraban alrededor de la mesa del jardín. Gary Salkow enrojeció. Iba a replicar airadamente, pero le contuvo la llegada de Emma Scott.

La dama de la casa.

La altiva Emma Scott. Con su rostro aderezado con costosos cosméticos que no ocultaban sus arrugas de cincuentona.

—Me marcho, hija… Recuerda que tu padre está en Los Angeles. Quedas tú como responsable de la casa. Espero que…

—No te preocupes, mamá.

—Aquí es imposible perderse —sonrió Judith, una de las alumnas del Bartow Center School—. No ocurrirá como en la excursión a las Elcar Hills. Paula y otras nos jorobaron el viaje.

Debra estaba presente.

Y comenzó a reír a carcajadas.

—Jorobar el viaje… ¿Has oído, Paula…? Ha dicho que hemos jorobado el…

Paula también comenzó a reír. Al igual que Sharon y Julie. La única ausente del quinteto era Jessica Dixon.

No había sido invitada a la fiesta. No pertenecía a la alta sociedad.

La ruidosa hilaridad de las cuatro muchachas causó perplejidad en los presentes.

—¿He dicho algo gracioso? —parpadeó Judith.

Aquella pregunta incrementó la risa en Debra. Ella y sus compañeras de aventuras eran las únicas en comprender el juego de palabras.

—Nada, Judith, nada… —respondió Paula, conteniendo la risa—. Lo de… jorobar el viaje ha tenido gracia…

—No opino así, hija —reprendió Emma Scott, con severa mirada—. No me parece una palabra correcta ni tampoco vuestra risa. Hablaremos de ello a mi regreso.

La señora Scott giró encaminando los pasos hacia el contiguo garaje.

—Eh, Paula… habías dicho que tu madre pasaría hoy la noche fuera de casa. ¿Qué ocurre si nos sorprende en su habitación?

Paula sonrió.

Con suficiencia.

—No hay que preocuparse, amigos. Me consta que la noche será toda nuestra. ¡Adelante…! ¡La fiesta empieza!

Sí.

Ahora, con la salida de Emma Scott en su lujoso Cadillac, era cuando comenzaba en verdad la fiesta. Pronto Sharon se arrojaría desnuda a la piscina. Lou McColl se inyectaría. El vicioso Gary Salkow encotraría

consuelo en la siempre dispuesta Julie… Y la fiesta, una vez más, degeneraría en orgía.

***

Emma Scott era nacida en Boston.

Se había educado bajo una severa moralidad y puritanismo. Toda su juventud fue una continua represión. Una lucha constante para vencer las tentaciones. Un aparentar lo que en realidad no sentía.

Su padre, alto ejecutivo de una fuerte empresa, fue destinado a California. Y en San Francisco fue donde Emma conoció a Ralph Scott. De eso hacía ya mucho tiempo. Emma ya había cruzado la temible frontera de los cincuenta años. Recién había pisado la raya. Y continuaba fingiendo. Era al tributo de pertenecer a la alta sociedad. De ser originaria de una puritana familia de Boston.

De ahí que a Emma le gustara ser tratada como a una furcia.

De frecuentar hoteles de tercera categoría.

De estar con individuos como Eddie Altman.

Era su válvula de escape a una sociedad hipócrita y convencional.

—No tiene gracia, Eddie.

Eddie Altman rio aún más abiertamente. Mostrando su perfecta dentadura. La sonrisa era uno de los atractivos de Altman. Y no el único. Joven, de correctas facciones, atlético… El clásico individuo para spot publicitario. Con una copa en la mano, en un yate o rodeado de bellas mujeres.

Eddie Altman no procedía de Boston.

Él había nacido en Nueva York. En The Bowery. La zona más miserable de Manhattan. Entre maleantes y prostitutas. Su inteligencia le hizo escapar de allí.

Ahora estaba en California. Viviendo a costa de caducas millonarias.

—Sí, tiene gracia, Emma, Jorobar el viaje… Tu hija y sus compañeras recordaban al fulano achicharrado en aquella casa de los acantilados. Era jorobado. Lo leí en los periódicos. Eso… y algo más.

Ella estaba al corriente de lo sucedido. Su hija se lo había comentado. También la señorita Harrison. Un hombre había intentado violarlas. El sheriff de Bessville había evitado que se conociera ese detalle. La noticia se limitó a la accidentada muerte de un individuo disminuido físico.

Emma nada había comentado con Eddie Altman. Consciente de que era individuo poco recomendable. Capaz de vender la información a los

periódicos.

—¿Algo más?

Eddie Altman estaba recostado en el lecho. Con un cigarrillo en los labios. Se ladeó para alargar la zurda hacia la alfombra. En el suelo se amontonaban periódicos, revistas y cómics. Atrapó uno de los periódicos.

—Aquí está, Emma. En las hojas centrales. Un artículo de la Garr Press y firmado por Walter Parrish.

—¿Parrish…? Ese es un bastardo carroñero.

Altman sonrió.

Walter Parrish era un periodista especializado en descubrir trapos sucios. Los grandes de Hollywood, los magnates, las damas de alta sociedad… Esos eran los blancos preferidos por Parrish. Marcadamente sensacionalista. Un periodista amarillo y truculento. Lo suyo era servir carnaza a un público morboso.

—Ha escrito una bonita historia, Emma. La maldición de los Barrymore. Así la ha titulado. Debes leerla. Te interesará.

Emma estaba frente al boudoir.

Cepillando el cabello.

—Lo dudo, aunque puedes tú hacerme un resumen mientras termino de arreglarme.

Eddie Altman volvió a reclinarse en el cabezal del lecho.

Con el periódico en las manos, pero manteniendo la mirada fija en la mujer.

—Walter Parrish puede ser un bastardo, aunque también un buen periodista. Tiene olfato. Hace una semana leyó la escueta noticia de un accidente acontecido cerca de Bessville. Un hombre, un deforme jorobado habitante solitario de un casetón, sufría un accidente y perecía envuelto en llamas. El conductor de un autocar nada pudo hacer por él, aunque sí evitó que el fuego se propagara en una de las habitaciones de la casa. Un jorobado, una solitaria casa en los acantilados… Suficiente para Walter Parrish. Investigó. Y descubrió la historia de Lord Barrymore.

Altman hizo una pausa.

Succionó el cigarrillo.

—Una historia que comienza a primeros de siglo. Lord John Barrymore y su esposa, como si divisaran el tenebroso horizonte de la I Guerra Mundial, deciden abandonar Inglaterra y establecerse en los Estados Unidos. En Massachusetts.

Llegan acompañados de su único hijo Brian. Apenas un recién nacido. El escudo de los Barrymore en un ancla, pero los remotos antepasados poco importan. La historia se inicia con Brian Barrymore. Su infancia, su juventud en Salem… Hasta convertirse en un joven inteligente y apuesto. También con grandes dotes marinas. Siguiendo la tradición de la familia. Brian es, en definitiva, un orgullo para sus padres. Hasta que cierto día…

Eddie Altman volvió a succionar el cigarrillo.

Sonrió al percatarse de que Emma Scott le escuchaba ahora con interés.

—Brian Barrymore frisaba en los veinticinco años cuando conoció a Rose —prosiguió Altman, con voz pausada—. Y desde aquel día la desgracia se abatió sobre los Barrymore. Conoció a Rose en un orfelinato. En las afueras de Salem. Brian Barrymore fue allí acompañando a un amigo arquitecto designado para la reforma del orfelinato. Allí quedó prendado de Rose. Más bien quedó… embrujado.

—¿Qué quieres decir?

—Rose era, en verdad, bella y delicada como una rosa. Muy joven. Sin haber alcanzado los veinte años de edad. Nadie en el orfelinato pudo nunca averiguar algo sobre ella. Fue abandonada allí. O tal vez se presentó ella misma. En una noche de tormenta. Acompañada de relámpagos y de un viento huracanado. Los responsables del orfelinato encontraron una niña de unos tres o cuatro años de edad. No lograron descubrir su origen. Brian se enamoró de esa muchacha. Y los Barrymore se escandalizaron por ello. Indagaron en el orfelinato… y descubrieron detalles que incrementaron aún más su oposición a los deseos de su hijo Brian. El director del orfelinato les habló de Rose. De cuando apareció en aquella horrible noche de tormenta… con las ropas completamente secas.

—¿Qué tiene de extraño? Era una niña pequeña. Pudo haber sido conducida hasta allí en un carruaje o…

—El orfelinato estaba amurallado. Ningún carruaje penetró en el recinto aquella noche. Quien llevó hasta allí a la niña debió saltar la muralla y cruzar una considerable explanada para aproximarse a la casa. No fue ese el único acontecimiento sorprendente. Sucedieron muchos más en los quince años de estancia de Rose en el centro benéfico. El director jamás quiso dar crédito a las habladurías, pero se afirmaba que Rose estaba endemoniada. Que era una bruja. Una descendiente de las ya famosas hechiceras y brujas de Salem que pulularon en el 1692.

Emma rio en cantarina carcajada.

—Muy peculiar de Walter Parrish. Siempre inventando historias que…

—Nada inventado, Emma —interrumpió Altman—. Walter Parrish se ha desplazado hasta Salem y ha investigado en los archivos. En el orfelinato se

lleva una especie de diario. También el médico. Allí se han encontrado muchos datos sobre Rose. Y el médico dejó escrito largos párrafos sobre los extraordinarios poderes mentales de Rose. Poderes que el vulgo catalogaba como brujería; pero olvidemos eso de momento. Brian, centra la voluntad de sus padre, se casa con Rose. Algunos cronistas de la época comentan la boda del ilustre Brian Barrymore con una hospiciana endemoniada.

—Muy romántico.

—Cierto. Brian era un romántico. Un amante de la poesía. Al igual que la bella y delicada Rose. Solo que en la puritana ciudad de Salem les hicieron la vida imposible.

En especial después de lo acontecido al viejo matrimonio Barrymore. Regresaban de su casa de campo y les sorprendió una súbita y virulenta tormenta. Un rayo acabó con ellos. De nuevo la imaginación popular entró en acción. Se recordó la aparición de la pequeña Rose en el orfelinato, en una noche de tormenta… Culparon a Rose de la muerte de los Barrymore. La acusaron de utilizar sus malignos poderes diabólicos.

Brian Barrymore decidió abandonar Salem. No sólo por aquellos ataques contra su mujer. También le preocupaba la delicada salud de Rose. Se trasladaron a California.

Brian Barrymore se hizo construir una casa en la costa. Cerca del mar. El mar que esperaba ayudara a la recuperación física de Rose.

—¿No fue así?

Eddie Altman denegó con un movimiento de cabeza.

—Brian buscaba paz en su hogar. Renunció a todo. A la vida social. A su trabajo… Se encerró con Rose en aquel solitario caserón de los acantilados. El enfermo cuerpo de Rose parecía imposibilitarla para tener hijos. Brian y Rose decidieron adoptar uno. Brian delegó en su esposa la elección del pequeño. Y Rose se presentó en casa portando en sus brazos una deforme criatura de voluminosa cabeza y horripilante joroba.

Emma sintió un escalofrío.

—Arthur Golstein…

—Correcto, Emma. Ese era el nombre del hospiciano adoptado por los Barrymore.

El jorobado muerto en llamas hace una semana. Brian Barrymore se horrorizó, pero aceptó la decisión de su esposa. Arthur creció… y Rose languidecía. Los médicos no encontraban explicación alguna a su mal. Se consumía poco a poco. Se marchitaba como una flor… hasta que sus pétalos de rosa terminaron por caer. Murió dominada por violentos espasmos. Atormentada por fuertes dolores. Era tal su desesperación que invocó al

mismísimo Satanás para que le librara de ellos. El cadáver de Rose fue arrojado al mar. Brian Barrymore, desde el comienzo de su soledad, también empezó a languidecer. Tampoco los médicos encontraron explicación a su mal. Walter Parrish ha platicado con viejos pescadores que conocen leyendas del caserón de los Barrymore. Dicen que, en las noches de tormenta, aparece el espíritu de Rose sobre las embravecidas olas.

Emma rio.

Nerviosamente.

—Tonterías. Leyendas de ignorantes.

—Fueron unos años muy amargos —siguió Eddie Altman, ajeno al comentario de la mujer—. El altivo y apuesto Brian Barrymore se convirtió en un cadáver viviente. Hay quien asegura que, para reunirse con Rose en el Averno, se iba envenenando poco a poco. Hasta que Brian Barrymore falleció. Apareció muerto en el lecho. Entre sus manos un poema de amor a Rose. Walter Parrish lo ha reproducido en su artículo. Un poema sobrecogedor, Emma. Un canto de amor y muerte. Como un testamento. En él menciona pétalos de rosa sobre el lecho, un guardián eterno para la casa… y la maldición de los infiernos para quien ultraje el santuario de amor de Brian y Rose.

—Una historia vulgar que Walter Parrish ha adornado para sus truculentos lectores.

—No tan vulgar, querida. Ahí tenemos a Arthur Golstein. Quedó solo en la casa. Como guardián… eterno. Heredó las tierras, la casa, el dinero de los Barrymore… No un gran capital, pero hábilmente invertido. El dinero de los Barrymore no se agotará.

—Por lo de pronto el caserón ha quedado sin guardián.

—Te equivocas. Arthur Golstein sigue allí.

Emma ya había terminado de componerse.

Dirigió una furiosa mirada a Altman.

—Arthur Golstein está muerto.

—Por supuesto, Emma —sonrió Eddie Altman, complacido por la irritación de la mujer—; pero ha sido enterrado junto al caserón. Así se cumplía la orden de Golstein marcada en su testamento. Guardián eterno desde el Más Allá. Afortunadamente a tu hija y a las otras muchachas no se les ocurrió entrar en la casa. Así no les alcanzará la maldición. Las maldiciones siempre se cumplen, Emma.

—Eres muy gracioso, Eddie. Sólo que no comparto tu broma.

—No es una broma. Es una historia…

—¡Inventada por un bastardo llamado Parrish! —interrumpió Emma, atrapando su bolso y encaminándose hacia la puerta—. ¡Y no quiero oír hablar más de ella! ¡Adiós!

—Emma…

La mujer se detuvo junto a la puerta de la habitación del motel.

Abrió el bolso de mano arrojando unos billetes hacia el sonriente Altman. Este, todo un experto, calculó el dinero. Alrededor de los quinientos dólares.

—Ya te llamaré yo, Eddie.

—Necesito mil dólares, Emma. Tengo algunos problemas y prometiste ayudarme, ¿recuerdas?

La mujer sonrió.

Despectiva.

—Confórmate con eso, amor. Y puedes considerarte afortunado por rebajarme a estar contigo. Tal vez haya sido hoy la última vez.

Emma abandonó la habitación con un violento portazo.

Eddie Altman también sonrió.

Sus ojos se posaron en los grandes titulares del periódico.

«La maldición de los Barrymore»

La sonrisa se fue ampliando en el atractivo rostro de Eddie Altman. Era consciente de haber inquietado a Emma Scott. De que su hija Paula y sus amiguitas habían penetrado en el caserón.

Eddie Altman tenía un plan para sacar buena tajada de ello.

Al menos eso pensaba él.

CAPITULO V

Emma y Ralph Scott se odiaban civilizadamente.

Desde hacía ya muchos años.

Intereses comunes les obligaban a convivir con esa falsa apariencia de matrimonio perfecto. En privado, y por mutuo acuerdo, cada uno actuaba con plena libertad.

Ralph Scott fue recibido por su esposa en una de las salas de llegada del Aeropuerto Internacional de San Francisco. Se besaron efusivamente. Un fotógrafo a sueldo captó la instantánea que luego sería publicada en los ecos de sociedad de los principales periódicos californianos.

Ralph Scott llegaba procedente de Los Angeles. Allí había asistido al estreno de una nueva versión de Gran Hotel. El escenario de la película había sido uno de los hoteles de la cadena Scott.

—¿Cómo fue la fiesta de cumpleaños de Paula?

Emma desvió la mirada del parabrisas posándola fugazmente en su esposo. Como si contemplara a un gusano.

—Supongo que bien. Esta mañana, al salir de casa, todavía quedaba en la cama. Le gustó mucho tu «Jaguar».

Ralph Scott hizo una mueca.

—Espero que reciba mejor trato que mi anterior regalo de cumpleaños.

Emma no pudo evitar una sonrisa.

El anterior regalo de Ralph Scott a su hija había sido un gracioso perrito faldero.

Paula, cierto día que se levantó de mal humor, colgó al perrito de uno de los árboles del jardín.

El Cadillac conducido por Emma Scott no fue al bungalow de Waite Boulevard.

Tenían que almorzar en el Torre-II Hotel. Allí estaba convocada una rueda de prensa. Una campaña de publicidad para la cadena de hoteles Scott aprovechando el estreno de Gran Hotel.

Allí estaría el matrimonio Scott.

Sonriente y feliz.

Maldiciéndose mentalmente el uno al otro.

Emma no esperó a que terminara la rueda de prensa posterior al almuerzo. Eso ya era demasiado.

Regresó sola a casa.

Al lujoso bungalow de Waite Boulevard.

El servicio doméstico había hecho un buen trabajo. Todos los destrozos y huellas de la orgía nocturna habían sido reparados. Todo ello supervisado por el fiel mayordomo Owen Rampling. Ya habituado a aquellos menesteres.

—Buenas tardes, señora.

—Avise a mi hija, Rampling —respondió Emma, sin corresponder al saludo del sirviente—. El señor Scott llegará de un momento a otro y quiero que…

—La señorita Paula no se encuentra en casa. Salió hace un par de horas aproximadamente.

Emma hizo una mueca de contrariedad.

—¿Dijo si estaría presente para la cena?

—Lo ignoro, señora. Parece ser que iba a reunirse con un tal Brian Barrymore.

Emma se encontraba en el espacioso hall de entrada al bungalow. Había iniciado ademán de encaminarse hacia el corredor.

Y se detuvo en seco.

Giró lentamente hacia el mayordomo. Con un repetido parpadear. Con un gesto de marcado estupor reflejado en el rostro.

—¿Quién ha dicho, Rampling?

Owen Rampling llevaba ya más de quince años al servicio de los Scott. No se alteró ante el visible estupor de Emma. Nada de lo que pudiera ocurrir a la familia Scott sorprendería a Owen Rampling. Estaba curado de espanto.

—Brian Barrymore, señora. Yo mismo tomé el teléfono. Una voz preguntó por la señorita Paula y, al solicitarle que se identificara, dijo ser Brian Barrymore. La señorita Paula estaba en el saloncito. Se acababa de levantar y se disponía a beber un zumo de naranja. Fui a informarla de que Brian Barrymore estaba al aparato. Yo salí al iniciarse la conversación, pero tuve ocasión de oír como la señorita Paula se reía y quedaba citada.

—Gracias, Rampling.

El rostro de Emma Scott ya no reflejaba perplejidad alguna, sino una mueca de mal contenida ira. Sospechaba lo ocurrido. Una sucia jugada de Eddie Altman. Cierto día les había sorprendido en un club de Nob Hill. Altman fue presentado como un proveedor para la cadena de hoteles Scott. Y Paula, por

supuesto, no creyó las palabras de su madre.

Ahora Eddie Altman quería sacar tajada. Aprovechar esa macabra historia de Walter Parrish. La ridícula maldición de los Barrymore. ¿Un chantaje?

Sí.

Posiblemente se tratara de eso. Sonsacar a Paula. Eddie Altman era astuto. Luego amenazaría con informar a Parrish de que Paula Scott y unas compañeras sufrieron un intento de ataque sexual por parte de Arthur Golstein. O tal vez fueran otras las ideas de Eddie Altman para conseguir dinero. Puede que atemorizarla. Hacer creer que la maldición de los Barrymore puede hacerse realidad.

Una fría sonrisa se reflejó en el rostro de Emma. Iba a dar a Eddie Altman un buen escarmiento.

Emma salió precipitadamente del bungalow. Nuevamente se introdujo en el Cadillac. Poco más tarde circulaba por el centro de San Francisco. Por la zona de North Beach. Estacionó a poca distancia del Coolbrith Park. En el parking reservado a clientes ilustres del Leadore Hotel. Un establecimiento perteneciente a la cadena Scott.

El director del Leadore Hotel acudió presuroso al parking. Sin duda alertado de la llegada del inconfundible Cadillac «De Ville» de los Scott. El individuo abrió la portezuela a la vez que se inclinaba ceremonioso. Con una servil sonrisa de oreja a oreja.

—Señora Scott… Hacía tiempo que no se dignaba a visitar el Leadore.

Emma no hizo ademán de descender del vehículo.

Permaneció frente al volante.

—Quiero hablar con Larry Coleman. Avísele.

Elvil Winger, director del Leadore Hotel, respingó. Tras un repetido bizquear, se esforzó por mantener la sonrisa en el rostro.

—¿A Coleman? ¿Se refiere a…?

—Al detective del hotel —interrumpió Emma secamente—, Hágale venir aquí.

—No… eso no… no es posible, señora Scott.

—¿Por qué no?

La sonrisa terminó por desaparecer del rostro de Elvil Winger.

—Pues… le… le he despedido hace unos quince días.

—¿Qué le ha…? ¡Estúpido! ¿Por qué ha hecho semejante cosa?

Winger enrojeció al recibir el insulto.

—Larry Coleman era un insubordinado. Siempre ocasionando problemas en el Leadore Hotel. Ya había sido reiteradamente advertido de que si provocaba algún otro altercado grave sería despedido. Incluso el señor Scott me sugirió en más de una ocasión que me desembarazara de un individuo como Coleman. Hace quince días propinó una paliza al senador Farwell.

Emma parpadeó.

—¿Al senador Farwell?

—En efecto, señora Scott. En una de las habitaciones del Leadore Hotel. Lógicamente Larry Coleman no podía seguir como detective del hotel.

—No estaba al corriente de que el senador presentara una denuncia contra Larry Coleman.

—No la presentó.

—Conozco al senador Farwell. Es sumamente rencoroso. ¿Por qué no presentó denuncia?

Elvil Winger carraspeó.

—Bueno… El senador estaba con una muchacha… Ella gritó y acudió Coleman propinando una paliza al señor Farwell. Fue todo muy desagradable. Se decidió silenciar el suceso. La muchacha era… era menor de edad.

Emma terminó por esbozar una sonrisa.

—¿Conoce la dirección de Larry Coleman?

—El 771 de Lumet Street. Apartamento 812-CH —informó Winger, ya más tranquilo ante la sonrisa de la mujer—. Nuestro mejor detective es Spencer Rusell. Está al frente del servicio de seguridad en el Torre-I Hotel. Si lo desea puedo…

Emma cerró la portezuela del auto.

Dejando al director de Leadore Hotel con la palabra en la boca.

Inició la marcha del Cadillac alejándose de la zona del Coolbrith Park. Enfiló hacia Telegraph Hill. Lumet Street se emplazaba entre North Beach y Telegraph Hill. El 771 correspondía a un edificio colmena pródigo en oficinas comerciales y apartamentos de alquiler. Con dos puertas principales de acceso.

Emma se introdujo en uno de los elevadores.

Abandonó la cabina en la planta octava.

Avanzó por un corredor en forma de longitudinal «U» deteniéndose frente a la puerta señalizada con las siglas 812-CH.

Pulsó el llamador.

Emma se percató de que era observada por el visor de la puerta. Al instante se abrió la hoja de madera.

Un individuo apareció sonriente. Un hombre joven. De unos treinta años de edad.

Con un rostro que, sin ser atractivo, resultaba agradable. A lo Belmondo.

Complexión delgada, aunque delatando una agilidad felina en cada uno de sus movimientos. Lucía camisa polo y pantalón a juego. Una funda sobaquera a la izquierda. Al abrir la puerta terminaba de introducir un revólver del treinta y ocho en la funda.

—¿No se equivoca de apartamento, señora Scott?

—¿Me permite pasar, Coleman?

El individuo se hizo a un lado.

Falsamente ceremonioso.

Sus ojos eran grises. Y en ellos se acusó un destello marcadamente burlón.

—Por supuesto, señora Scott… Es un gran honor.

Desde el living se pasaba directamente a un pequeño salón. El apartamento era reducido. Dos habitaciones con sus correspondientes cuartos de baño, salón, cocina y despacho.

El televisor del salón estaba conectado. Un combate de boxeo en diferido desde el Oakland Auditorium. Las imágenes ahora en cámara lenta. Recreándose en el brutal trallazo al rostro de uno de los contrincantes.

Los ojos de Emma se posaron en la pantalla.

Con un extraño brillo en sus pupilas.

Larry Coleman accionó el mando a distancia desconectando el televisor.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señora Scott?

—No, gracias. Mi visita va a ser muy breve. Ignoraba que ya no trabaja para nosotros.

Larry Coleman sonrió atrapando una cajetilla de Pall Mail depositada sobre la mesa.

Ofreció un cigarrillo a la mujer.

—No me sorprende. Imposible llevar el control de todos nosotros. Somos muchos los lacayos a las órdenes de los Scott.

—Usted siempre me llamó la atención, Coleman. Por sus… originales métodos. Ciertamente el Leadore Hotel no era su lugar. No para un hombre de sus condiciones.

—Es posible.

—Tengo un trabajo para usted, Coleman.

—¿De veras? ¿Vuelvo a la cadena de hoteles Scott…? ¡Oh, no…! Sería demasiado hermoso. El senador Farwell juró que no encontraría un empleo en toda California. Ni tan siquiera en el servicio de recogida de basura.

—Se trata de algo personal, Coleman. Confidencial. Algo que ignora el mismísimo señor Scott.

—Comprendo.

Emma abrió su bolso de mano.

—Deduzco que después del despido en el Leadore Hotel volverá a ejercer como detective privado. Desconozco su tarifa, pero estoy dispuesta a entregar mil dólares por un trabajo muy sencillo.

—¿Tengo que matar a alguien?

Una leve sonrisa se reflejó en el rostro de Emma.

—No será necesario que llegue a tanto. Una simple paliza será suficiente.

Larry Coleman exhaló una bocanada de humo.

Enfrentando sus ojos a los de la mujer.

—¿De qué se trata?

—Un individuo. Un vividor llamado Eddie Altman. Quiero que abandone la ciudad. Apartarlo de mi hija Paula. De seguro ahora estarán juntos. Esta tarde telefoneó citándose con mi hija. Eddie Altman es un individuo muy poco recomendable. Quiero que le… convenza para que abandone San Francisco y se olvide de los Scott.

Coleman chasqueó la lengua.

—No me gusta el trabajo. No conozco al tal Altman, pero le considero mejor que cualquiera de los mequetrefes amigos de su encantadora hija. Pegar una paliza a uno de ellos sería un verdadero placer. Apuesto que Altman no pertenece a la alta sociedad. Sin duda un pobre diablo como yo. No me agrada atacar a los de mi especie.

Emma comenzó a rebuscar en el bolso.

Apartó un fajo de billetes que depositó sobre la circular mesa que adornaba el centro del salón.

—Ahí tiene, Coleman. Dos mil dólares. Debe hacer el trabajo ahora. Esta misma noche. Eddie Altman habita una pocilga en el 233 de Bush Road. Le resultará fácil dar con él.

—Mucho debe odiar al pobre Eddie, señora Scott.

—Eso es asuntó mío.

—De acuerdo. Acepto. Le han un favor a Eddie Altman. Estará mejor lejos de los Scott.

Emma enrojeció.

—Es usted un insolente, Coleman. ¿Quiere un buen consejo? Aproveche para salir también de San Francisco. Junto con Eddie Altman. El senador Farwell no olvidará lo ocurrido. Y tarde o temprano se lo hará pagar. A sus órdenes hay individuos dispuestos a todo.

Larry Coleman sonrió.

Su diestra acarició significativamente la culata del revólver que asomaba en la funda sobaquera.

—El senador Farwell no es mi único enemigo. No se inquiete por mí, señora Scott. Sé cuidarme.

Emma se encaminó hacia el living.

Altiva como una reina.

—Quiero a mi hija Paula en casa esta noche, Coleman. Acompáñela usted mismo si es necesario.

—Una paliza a Eddie Altman y acompañar a Paula a casita.

—Eso es.

—Señora Scott… Estoy dispuesto a perder mil dólares. Puedo hacer el trabajo sólo por mil dólares.

—No le comprendo…

—Conocí a su hija en una de sus fiestas de sociedad. Yo formaba parte del servicio de seguridad. No he olvidado a su hija, señora Scott. Por mil dólares estoy dispuesto a propinar dos palizas. Una a Eddie Altman y otra a su hija. ¿Qué le parece?

Emma volvió a enrojecer.

No respondió a la irónica propuesta de Larry Coleman. Abandonó el apartamento sin volver a despegar los labios.

Larry Coleman retomó al salón.

Sonrió cínicamente al contemplar los dos mil dólares. Era una bonita cantidad. El trabajo a realizar no le resultaba agradable, pero Coleman estaba acostumbrado a hacer cosas muy feas.

CAPITULO VI

Eddie Altman besó los labios de la mujer.

—Tranquila, Sylvia. Todo saldrá bien.

Sylvia forzó una sonrisa. No muy convencida de las palabras de Altman. Consciente de haber dado un peligroso paso.

—Es… es un secuestro, Eddie.

—Olvida eso y piensa únicamente en lo que vamos a conseguir. Medio millón de dólares, Sylvia. Ni un centavo menos. Eso es lo que vamos a sacar a los Scott por recuperar a su hija. Todo se solucionará en un par de días. La tremebunda historia de Walter Parrish nos ayudará a ello. California es una tierra supersticiosa. Abundan las sectas satánicas, la brujería… Es un terreno abonado.

—No comprendo del todo tu plan.

Altman sonrió con suficiencia.

—Es muy sencillo, Sylvia. Paula Scott y cuatro mocosas más están involucradas en una historia de fantasmas y maldiciones del infierno inventadas por Walter Parrish.

—No todos creen en…

—Lo sé, querida —interrumpió Eddie Altman—; pero sí podemos sembrar la duda. Hemos secuestrado a Paula. Yo llamé por teléfono presentándome como Brian Barrymore. Paula acudió al teléfono con un cierto temor, pero ya estabas tú al otro lado del hilo. Haciéndote pasar por su compañera Debra y citándola para algo muy importante. Cuando me abalancé sobre Paula aplicándole el cloroformo no pudo ver mi rostro. Tampoco el tuyo. No nos identificará. Cuando salga de aquí será con los ojos vendados. Un par de días de silencio, Sylvia. Imagina ahora a los Scott, pensando en ese fantasmal Brian Barrymore. Tal vez no crean en la historia, pero si sufrirán la angustiosa ausencia de Paula durante dos días. Y entonces pagarán el rescate sin replicar.

—¿Por qué esconderla aquí, Eddie? ¿Por qué en mi casa?

—Emma Scott puede sospechar de mí. Mi apartamento no era lugar adecuado para esconder a Paula. Tu casa está aislada. Sin vecinos. Nadie nos ha visto entrar con Paula y nadie nos verá salir. No debes preocuparte. Todo saldrá bien.

Sylvia se incorporó del sofá.

Comenzó a pasear por el salón.

—Fue un error dejarme convencer por ti… Todo cuanto empiezas termina mal. Así es siempre, Eddie. ¿Recuerdas aquel fulano de Sacramento? Un mirlo blanco. Un tipo fácil de desplumar. Y resultó ser un policía.

Altman rio divertido.

—Cierto, nena, pero esto es a lo grande. Y conozco el terreno. Conozco a los Scott. Medio millón de dólares, Sylvia. A partes iguales. ¿Te imaginas lo qué puedes hacer con ese dinero? Largarte de ese tugurio donde actúas, olvidarte de los babosos clientes… ¡Enviarlo todo al infierno y vivir!

La muchacha terminó por sonreír.

Moviendo afirmativamente la cabeza.

—Sería maravilloso…

—¡Seguro! Puedes darlo por hecho. Tiene que salir bien, Sylvia. El asunto está entre nosotros dos. Tú y yo. Nadie más. No cometeremos ningún error. Lo tengo todo muy bien planeado. Esta noche no llamaremos a los Scott. Ni mañana en todo el día. Así se convertirán en una presa fácil. Y lo de Brian Barrymore y su maldición les estará rondando por la cabeza.

Sylvia rio.

Nerviosamente.

—Eres maquiavélico…

—Se la tenía jurada a Emma Scott —rio también Altman, incorporándose del sofá—. Pagará con creces todas sus humillaciones. ¿Qué te parece si lo celebramos? Ayer me pareció ver una botella de champán en el frigorífico. ¿Sigue ahí?

—¡Esperándonos, Eddie!

—Voy a por ella.

Altman abandonó el salón.

Y la expresión risueña desapareció paulatinamente del rostro de Sylvia. De nuevo dominada por negros presagios. Arrepentida interiormente de haberse prestado al peligroso juego de Eddie.

Sylvia era pesimista.

Todo le había salido mal.

Siempre.

Era uno de esos infortunados seres que van por la vida de fracaso en fracaso. Con sueños que jamás se convierten en realidad. Sylvia, con tan solo veinticinco años de edad, ya dudaba del futuro. Trabajaba en un club-burdel de Barrio Snyder. Su amistad con Eddie Altman era lo único bueno de su

amargada existencia. Una amistad que se remontaba a los tiempos de Nueva York. Cuando casi niños luchaban por sobrevivir en la jungla de asfalto de Manhattan. Sólo en Eddie encontraba algo de cariño y…

El ruido hizo respingar a Sylvia.

Un sonido sordo.

Como el de un cuerpo al caer.

—¡Eddie…! ¿Ocurre algo?

Ninguna respuesta a la voz de la muchacha.

De ahí que volviera a repetir la llamada.

—¡Eddie…!

De nuevo el silencio.

Sylvia parpadeó repetidamente. Había retornado al sofá para encender un cigarrillo, pero decidió incorporarse y acudir junto a Altman.

Se detuvo unos instantes bajo el umbral del salón.

Arrugó la nariz. Percibiendo el penetrante olor. Desagradable. Difícil de identificar.

Al fondo del corredor se emplazaba la cocina. La puerta abierta. Iluminada la estancia. Proyectando su luz hacia el pasillo.

Sylvia avanzó.

—¡Eddie…! ¡Algo se está quemando!

La cocina era una de la piezas más espaciosas de la casa. Con gran frigorífico, mueble, lavadora…

Una mueca de horror se reflejó en el rostro de Sylvia.

Quedó inmóvil bajo el umbral de entrada a la cocina. Como paralizada. Reaccionó con un desgarrador grito a la vez que se precipitaba hacia los mandos de la cocina de gas.

Eddie Altman yacía sobre el carro-bandeja. Con los brazos y piernas colgando. Y la cabeza introducida en el homo de la cocina. Con las llamas a su máxima potencia.

—¡Eddie…! ¡Eddie…!

Sylvia cerró la llave del gas apagando las voraces llamas. Seguidamente tiró con gran esfuerzo del carro-bandeja.

La cabeza de Eddie Altman atezada. Humeante. Cabellos calcinados…

La muchacha giró hacia el fregadero.

Esa era al menos su intención.

Apenas girar sintió aquel brutal golpe en el vientre. Un ronco grito brotó de la garganta femenina. Y Sylvia agrandó los ojos. Había inclinado la cabeza. Instintivamente. Contempló el cuchillo. El descomunal cuchillo de cocina de ancha y larga hoja.

Hundido en su vientre.

Alzó la mirada.

Contemplando el rostro de su atacante.

Y Sylvia no sintió dolor alguno. El terror dominaba por completo todos sus sentidos.

Su atacante sostenía el cuchillo con ambas manos.

Tiró hacia arriba.

Con violencia.

La ancha y cortante hoja metálica se abrió paso. En zigzag. En brutal y sangriento tajo. Sylvia sí gritó ahora. Un alarido agónico. Se tambaleó. Sin llegar a caer. El cuchillo había sido retirado de su cuerpo.

Las manos de Sylvia fueron hacia su vientre.

Intentando en vano taponar aquel sangrante boquete por donde ya asomaba el paquete intestinal. Cayó de rodillas. Ya no gritaba. Boqueaba una y otra vez. Con los ojos muy abiertos. Profiriendo inarticulados sonidos. Se derrumbó de bruces. Con las manos crispadas sobre el vientre. Teñidas en rojo.

El primer grito de Sylvia, su desgarrador alarido, sí había sido escuchado desde una de las habitaciones de la casa.

La última puerta del corredor.

En aquella habitación se encontraba Paula Scott. Sobre una cama. Todavía algo aturdida por los efectos del cloroformo. No comprendía absolutamente nada de cuanto estaba aconteciendo. Ella había acudido a una cita con Debra Thorin.

Quedaron reunirse en el Oden Club. Allí se presentó Paula. Y en el parking subterráneo del club, al descender del auto…

Paula ya no recordaba más.

Había sido atacada por la espalda y conducida hasta allí.

Un secuestro.

De eso se trataba. No fue Debra quien la había telefoneado gastando la broma de decir que era Brian Barrymore.

Paula parpadeó repetidamente.

No había luz en la habitación.

La muchacha tenía las muñecas atadas a los barrotes de la cama. Y una cinta adhesiva taponando su boca. Llevaba despierta ya un largo tiempo. Le pareció oír voces. Y ahora aquel grito. Como un estertor.

El silencio.

Ahora era un total silencio el que reinaba en la casa.

Sólo el agitado respirar de Paula Scott. El golpear en sus sienes que repercutía como martillazos. El resto era silencio.

Hasta que…

Un leve ruido.

Audible para Paula.

Como unas pisadas. Unos extraños pasos. Uno más fuerte que el otro. Y un roce.

Como si alguien arrastrara un pie al caminar.

Paula palideció.

Había identificado el sonido.

Semejante a las pisadas del jorobado en la casa de los acantilados.

Las pisadas se fueron aproximando. Más audibles. Cada vez más cercanas. Hasta llegar a la puerta de la habitación. Allí cesaron. Reemplazadas por un ronco jadear que también llegó a oídos de Paula.

La joven alzó la cabeza.

Se agitó con fuerza pugnando sin éxito por librarse de las ataduras. Fijó sus ojos en la puerta. El resquicio de luz bajo la puerta delataba que alguien se encontraba tras la hoja de madera.

El pomo comenzó a girar.

Se entreabrió la puerta.

Muy lentamente.

Una torva figura apareció bajo el umbral de entrada. La luz del corredor proyectada hacia el interior de la habitación. Recortando la siniestra sombra que comenzó a avanzar. Con visible cojear. Arrastrando lastimosamente la pierna izquierda.

Hacia el lecho donde se encontraba Paula.

La joven desorbitó los ojos. Espantosamente fijos en aquella fantasmal

aparición.

Un indescriptible terror desencajó las facciones femeninas. Tensando al máximo la cinta adhesiva que taponaba su boca. En un angustioso esfuerzo por gritar. Por dejar escapar todo el horror que la atenazaba.

La sombra ya estaba muy próxima.

—Hola, Paula… Volvemos a vemos…

La gutural voz incrementó aún más el terror en Paula. Percibió los ojos del individuo. Unos ojos grandes. Saltones. Y su aliento. Un aliento fétido. Como el de un cadáver en descomposición.

***

El auto se adentró en Frye Road.

Una calle solitaria y con poca iluminación. La mayoría de las casas deshabitadas. De una sola planta. Viejas construcciones en una de las zonas más alejadas del centro de la ciudad. Barracones destinados a almacén y ruinas.

El auto era un Mercury «Bobcat».

Larry Coleman conducía el vehículo. A reducida velocidad. Escudriñando con la mirada los números de las casas. Pugnando por ver en la oscuridad.

Fue en una de las bocacalles.

La sombra surgió casi de súbito. Cruzando Frye Road. Por unos instantes quedó parcialmente enfocada por los faros del Mercury. Una figura encorvada. Acusando una fuerte cojera. Un jorobado que desapareció por una de las bocacalles.

El auto siguió por Frye Road.

Hasta detenerse frente a una solitaria casa. Sus vecinos eran dos solares vallados.

Había luz en los enrejados ventanales de la casa. De una sola planta. Con pequeño porche. Una edificación que ya acusaba el paso del tiempo.

Larry Coleman encendió un cigarrillo.

Con la mirada fija en la casa.

Había un auto estacionado a poca distancia. Un Buick. El vehículo propiedad de Eddie Altman. Se había informado de ello. Al igual que averiguó el domicilio de la amiguita de Altman.

Coleman descendió del vehículo.

Percibió en el rostro la fría brisa nocturna. Procedente de la bahía. Era ya

noche avanzada. Había dedicado mucho tiempo en localizar a Eddie Altman. Ni rastro en el 233 de Bush Road. Allí, en los bares de la zona, comenzó a hacer preguntas. Con dólares por delante. Y le hablaron de Sylvia Pharr. Una amiga muy íntima de Altman.

Larry Coleman avanzó hacia la casa.

Eddie Altman estaría allí. Con su amiga Sylvia, pero de seguro no encontraría a Paula. No era lógico. Altman no la llevaría a casa de su amiguita.

Coleman terminó por encogerse de hombros.

Le habían pagado dos mil dólares por convencer a Eddie Altman para que abandonara la ciudad. Y eso pensaba hacer.

Presionó el timbre de llamada.

Largamente.

Se aproximó a uno de los ventanales, pero el cortinaje no le permitió divisar el interior. Retornó frente a la puerta pulsando de nuevo el llamador.

Ninguna respuesta.

Larry Coleman llevó su zurda al bolsillo de la chaqueta. Extrajo una pequeña caja. Al abrirla descubrió un diminuto juego de ganzúas. Comenzó a silbar mientras manipulaba en la cerradura.

Coleman era un experto.

No era la primera vez que, para conseguir pruebas o sorprender a alguien, se dedicaba a operar sobre la cerradura.

Abrió la puerta.

Quedó unos instantes inmóvil. A la espera. Si había alguien en la casa acudiría de inmediato.

No fue así.

No escuchó ruido alguno.

Penetró en la casa cerrando tras de sí. Dispuesto a permanecer allí hasta que apareciera Eddie Altman.

La luz del corredor encendida. Al igual que la del salón y la de dos habitaciones del pasillo.

Larry Coleman avanzó por el corredor.

Fue antes de llegar a una de las iluminadas habitaciones. A pocos pasos. Un reguero de viscoso líquido asomaba al corredor. Un líquido bermejo. Muy rojo. Como si fuera…

Larry Coleman se detuvo bajo el umbral de entrada.

Sí.

Era sangre.

Un gran charco de sangre de donde partían diferentes surcos. Sangre manada del destrozado vientre de una muchacha. Una joven que con engarfiadas manos aferraba sanguinolentas vísceras.

Había más.

Sobre un carro-bandeja.

Allí yacía un individuo. Con los brazos y piernas colgando. También la cabeza le colgaba macabra. Convertida en una negruzca máscara de carne quemada.

Coleman sintió un vacío en el estómago.

Retrocedió conteniendo las náuseas.

Se disponía a acudir al salón. Hacia el teléfono. Fue entonces cuando sus ojos se posaron en la otra habitación del corredor. Le dominó una extraña sensación. La muchacha de la cocina no era Paula.

Larry Coleman avanzó hasta llegar al umbral de entrada a la abierta habitación.

Estaba encendida la lámpara de la mesa de noche. Iluminando el lecho. Enfocando… aquello.

Coleman tuvo que apoyarse en el quicio para no caer.

Contempló alucinado el cadáver.

El decapitado cadáver de una mujer. Una mujer joven que yacía desnuda en el lecho. Con las manos atadas a los barrotes de la cama. Le había sido cercenada la cabeza. El sanguinolento muñón del cuello parecía palpitar como si tuviera vida propia.

Larry Coleman se aproximó.

Como un autómata.

Se encontraba ya junto al lecho, cuando algo goteó sobre su hombro izquierdo. En la chaqueta se dibujó un círculo rojizo.

Coleman alzó la mirada.

El techo de la habitación, como en la mayoría de las construcciones antiguas era considerablemente alto.

Allí estaba. Colgando del hilo de la apagada bombilla del techo. Sujetos los sedosos cabellos al cordón. Balanceándose levemente. Goteando sangre. Allí estaba la cercenada cabeza de Paula Scott.

CAPITULO VII

Henry Connors, teniente del Departamento de Homicidios, no levantó la mirada de los papeles.

—Puedes largarte, Larry.

Larry Coleman estaba acomodado en uno de los sillones. Se incorporó con ademanes cansinos. Le hacía falta un afeitado y una estimulante ducha fría. Llevaba ya más de doce horas en el Departamento. Horas de interrogatorio en el mismo lugar del horripilante suceso y luego en el Departamento.

Coleman se encaminó hacia la puerta.

Antes de que tocara el pomo sonó de nuevo la voz del teniente.

—Larry…

—¿Sí?

Henry Connors frisaba en los cincuenta años de edad. Un buen policía. Un veterano en la lucha contra el crimen.

—¿No quieres rectificar nada de tu declaración? ¿Sigues afirmando que un jorobado cojo cruzó Frye Road minutos antes de que tú llegaras a la casa?

—Correcto.

Las facciones del policía se endurecieron.

—Comprendo. Quieres asegurarte clientes. Los Kingsley, los Dixon, los Preston… Un jorobado muere abrasado en los acantilados. Un jorobado cojo que intentó abusar de cinco muchachas. Ahora una de las chicas es brutalmente asesinada. Y tú dices haber visto a un jorobado con cojera. Muy astuto. Máxime conociendo la historia inventada por Walter Parrish. La maldición de los Barrymore.

—No había leído ese reportaje hasta que tú me lo enseñaste, Henry. Y no miento al asegurar que un jorobado cojo salió de una de las bocacalles de Frye Road. No acostumbro a agenciarme clientela. No es mi estilo.

—Estás advertido con suspensión de licencia, Larry. No cometas ningún error. Sabes que te aprecio.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Fijamente.

—Sí, lo sé —respondió Coleman, con fría sonrisa—. Hasta luego, Henry.

Minutos más tarde abandonaba el edificio.

Respiró con fuerza el contaminado aire de San Francisco. Más agradable que la atmósfera reinante en el Departamento de Homicidios.

Avanzó hacia su Mercury estacionado a poca distancia.

—Señor Coleman…

Larry Coleman ladeó la cabeza. Posando la mirada en la mujer que le llamaba desde el interior de un Pontiac «Sunbird» coupé en llamativo color rojo.

Se aproximó apoyando las manos sobre la carrocería e inclinándose hacia la ventanilla.

—Es usted Coleman, ¿verdad?

—Ahá.

La mujer forzó una sonrisa.

—Yo soy Goldie Dixon. La madre de Jessica. Una de las compañeras de… de Paula Scott.

—Comprendo.

—Quiero hablar con usted. Es muy importante.

Larry Coleman bordeó el llamativo Pontiac abriendo la portezuela. Se acomodó junto a la mujer. También Goldie Dixon resultaba llamativa. Frisando en los cuarenta años de edad. Rostro de sensual atractivo. Un cuerpo exuberante y provocador. Goldie jamás había sido una buena actriz, pero sí conocedora de sus… cualidades. Y supo sacar provecho de ellas. Ambicionaba ser rica. No reparó en nada hasta conseguirlo.

—Podemos hablar aquí mismo. —dijo Coleman, atrapando una cajetilla de tabaco del salpicadero—. Yo tengo mi auto ahí delante y prefiero no distanciarme de la zona.

—He… he leído las últimas ediciones de los periódicos. Con el espantoso crimen de Frye Road. Se le menciona a usted. Un detective privado contratado por la señora Scott para apartar a su hija de amistades como la de Eddie Altman. De lo ocurrido a la infortunada Paula… ¿puede usted añadir algo más?

Larry Coleman dirigió una inquisitiva mirada a la mujer.

—¿A qué se refiere?

—Los periódicos hablan de asesinatos monstruosos. Paula decapitada, la otra muchacha desangrada, el hombre con la cabeza…

—Todo cierto.

—¿Conoce usted el informe del forense?

—Me han permitido echar un vistazo. Eddie Altman fue el primero en morir.

Le apretaron el cuello hasta romperle la laringe y el cartílago tiroideo. Luego le fue introducida la cabeza en el horno. Sylvia acuchillada como animal en al matadero. Y en cuanto a Paula Scott…, fue violada antes de su horrible muerte.

Goldie palideció.

Su voz se hizo débil.

Apenas audible.

—¿No… no hubo violación en la otra muchacha?

—No.

—Dios mío… ¡Mi hija corre peligro, Coleman! ¡Las cuatro muchachas que, junto con Paula penetraron en la casa del acantilado, están sentenciadas! Usted vio a un jorobado cojo… ¡Era Arthur Golstein! ¡En busca de venganza desde el Más Allá!

Larry Coleman sonrió.

—Tranquilícese, Goldie. Vamos a tutearnos, ¿de acuerdo? Yo he visto a un jorobado cruzar Frye Road, pero imposible que fuera Arthur Golstein. Él está muerto y enterrado. Además… ¿por qué iba a vengarse? Las muchachas no profanaron el santuario de amor de los Barrymore. Eso es lo que castiga la maldición, ¿no? Muerte cruel y desventuras infernales para los profanadores. Ese periodista, ese tal Parrish, es un tipo inteligente.

—Ellas… las muchachas sí entraron en la casa…

Larry Coleman arqueó las cejas.

—He leído la reseña del suceso. Arthur Golstein estaba solo en la casa y, por un desgraciado accidente, derribó un quinqué para luego…

—Esa es una de las versiones. Hay otras. La que se comunicó al sheriff de Bessville. Las cinco muchachas declararon que entraron en la casa por curiosidad. Allí sufrieron un intento de violación por parte de Arthur Golstein. Escaparon y Golstein tropezó derribando el quinqué que le ocasionó la muerte.

Coleman succionó el cigarrillo.

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Comprendo lo ocurrido. Tu hija y cuatro muchachas más. De la alta sociedad. Familias importantes y poderosas. Y el sheriff de Bessville decide variar un poco la historia. Ni tan siquiera menciona el nombre de las muchachas. Sólo comenta que el conductor del autocar buscaba a unas jóvenes del grupo y se encontró con el cuerpo de Arthur Golstein precipitándose por entre las rocas envuelto en llamas.

—Las muchachas mintieron en su declaración.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una tercera versión de los hechos. La verídica. Jessica me lo contó hoy. Aterrada. Después de conocer lo ocurrido a Paula. Me dijo… Fueron ellas las que provocaron al infortunado Arthur Golstein. Entraron en la casa. Burlándose de todo. Incitando deliberadamente al deforme individuo para reírse de él. Una de las chicas quiso entrar en una de las habitaciones. Una habitación con el escudo de los Barrymore en la puerta. Golstein gritó muy alterado. Prohibiendo que se acercaran a aquella habitación. Eso incrementó la curiosidad de las muchachas. Dos de ellas se insinuaron descaradamente haciendo que Golstein las acompañara a la buhardilla del caserón. Allí le encerraron y fueron las cinco corriendo hacia la habitación prohibida.

Goldie Dixon hizo una pausa.

Prosiguió con tenue voz.

—Era el lecho nupcial de los Barrymore. Tal como ellos lo dejaron antes de morir. Un santuario de amor cuidado y mimado por Arthur Golstein. Con rosas sobre el lecho. Perfumada la estancia… Las muchachas se rieron de aquel desfasado decorado romántico. Entonces apareció Golstein. Ciego de ira. Quiso arrojar a las chicas de allí… ellas le esquivaban con facilidad… riendo a carcajadas, burlándose de él… Arthur Golstein cayó arrastrando tras de sí un quinqué… Las chicas no reaccionaron. Contemplaron horrorizadas como Golstein se convertía en una antorcha humana. Escaparon de la casa encontrándose entonces con el conductor de autocar que acudía a buscarlas. Arthur Golstein cayó por el acantilado envuelto en llamas. Las muchachas, en su declaración, afirmaron que Golstein intentó abusar de ellas.

Larry Coleman quedó unos instantes en silencio.

—¿Por qué me has contado todo esto, Goldie?

—Mi hija está asustada por lo ocurrido a Paula. Y yo también, Larry. Máxime después de leer que un jorobado cojo fue visto en Frye Road.

—Simple casualidad, Goldie. No era Golstein. Los muertos no se levantan de su tumba.

—Sí lo hacen Larry. Mi hija se encontró con uno. Con Brian Barrymore. Fue aquel mismo día. En los acantilados. Cuando iba camino del caserón. Jessica quedó algo rezagada por el sendero. Y allí, súbitamente, apareció un individuo. Un hombre joven que la advirtió de que no continuara camino hacia la casa maldita. Luego se esfumó en el aire. Jessica, ya dentro de la casa, identificó a la fantasmal aparición con Brian Barrymore. Estaba allí su retrato. En la habitación de los Barrymore.

—Imaginaciones de Jessica.

—Quiero contratar tus servicios, Larry. Quiero proteger a mi hija. Tú serás su guardaespaldas y…

—No, Goldie. No acepto —interrumpió Coleman—. Lo ocurrido en Frye Road no guarda relación alguna con el suceso del caserón. Además…, no ejerzo de guardaespaldas.

—Investiga entonces los horribles crímenes de Frye Road. Te pagaré por ello. Fija tú mismo los honorarios.

—Sería robarte el dinero —sonrió Coleman—. Ya está investigando la policía. Y de seguro con todos los medios a su alcance. Los Scott se encargarán de ello. Y los Thorin, los Kingsley… Todos ellos muy interesados en que el asesino sea capturado. He sido acusado de sembrar deliberadamente la angustia entre tan ilustres familias inventando al fantasmal jorobado cojo cruzando Frye Road. Deja todo en manos de la policía, Goldie.

—Pero yo…

—Nada debes temer por tu hija. Adiós, Goldie. Ha sido un placer conocerte.

Larry Coleman descendió del vehículo.

Goldie Dixon no hizo ademán de retenerle. Se limitó a seguirle con los ojos. En una mirada que reflejaba desesperación y temor.

CAPITULO VIII

Los Thorin no asistieron a los solemnes funerales por Paula Scott. Debían emprender viaje a Londres. La Thorin Oil, una de las industrias del petróleo más importantes de California, iba a realizar una importante operación en Inglaterra. Debra Thorin sí acudió al entierro de su amiga.

Y ahora se encontraba en la casa de los Kingsley.

Sharon estaba preparando uno de sus combinados favoritos. Vermouth seco, brandy, ginebra y unas guindas al marrasquino.

—Celebro que tus padres hayan decidido que permanezcas aquí, Debra. Nos haremos mutua compañía.

—¿Tienes miedo al jorobado? —sonrió Debra.

Sharon depositó lentamente la coctelera sobre la mesa. Después de servir los vasos.

Dirigió una penetrante mirada a su amiga. Como si contemplara a un bicho raro.

—Eres desconcertante, Debra. ¿Nada te impresiona? ¿Todo te lo tomas a broma? ¿Incluso lo ocurrido a Paula?

La sonrisa se mantuvo en el rostro de Debra.

Bebió un largo sorbo del combinado.

—¿Lo de Paula? Eso puede ocurrirle a cualquiera que habite en ciudades como San Francisco, Nueva York, Dallas o similares. Ciertamente lo de Paula fue más… espectacular. Puede estar contenta. A Paula siempre le gustó destacar. Lo del jorobado paseando por Frye Road es un invento para vender más periódicos.

—Pobre Paula…

Debra asintió.

Con un profundo suspirar.

—Cierto. ¿Recuerdas a la señora Harrison? Siempre se estaba metiendo con Paula. No tienes cabeza, la decía. No tienes cabeza… Resulta gracioso, ¿verdad?

Sharon no pudo evitar el reír jocosamente el macabro sentido del humor de su compañera.

Terminaron el combinado.

El sol entraba a raudales en el espacioso salón del apartamento. Un lujoso

apartamento en el Arcadia Building. Con una amplia panorámica al Sidney Walton Park.

—Un día maravilloso —dijo Sharon—. Fue una pena iniciarlo con un entierro. Y el de ayer. La policía haciendo preguntas y más preguntas…

—Oye, Sharon… ¿por qué no pasamos el día en mi cabaña de Blount Beach? Tomamos un baño, almorzamos y regresamos a la tarde, ¿qué te parece?

—Blount Beach… No es mala idea.

—¡Seguro!

Las dos muchachas rieron al unísono.

Sharon, dada la ausencia de sus padres en el apartamento, comunicó al servicio la decisión tomada de pasar el día en Blount Beach. Poco más tarde, en compañía de Debra, conducía su deportivo Corvette por las calles de San Francisco. En dirección a Blount Beach. Un paradisíaco lugar no muy distante de la ciudad. Una de las zonas mejor cuidadas de la costa californiana. Reservada para los forrados de dólares. Para los mimados por la fortuna. Playas privadas y acotadas. Con sus correspondientes bungalows.

Sharon lucía un vestido camisero muy cortito. El modelo de Debra menos atractivo. Un vestido diseñado para paliar su rolliza figura.

Llegaron a la cabaña de la playa.

Debra extrajo de su bolso de mano las llaves del bungalow. Abrió la puerta.

—Voy a echar una mirada a las provisiones —sonrió Sharon, ya conocedora de la casa—, ¡Tengo hambre!

—¿No tomamos primero el baño?

—Yo lo haré después de comer. ¿Te preparo algo?

—Puedes ir sacando todas las fuentes —rio Debra, penetrando en una de las habitaciones—. ¡Me encargaré de ellas después del baño!

Debra apareció en la cocina a los pocos minutos. Luciendo un maillot. El bikini le era prenda prohibida.

Sharon estaba abriendo una lata de caviar.

—¡Hasta luego, Sharon!

La muchacha tenía la boca llena. Despidió a su compañera con un leve movimiento de cabeza. Gran parte de la comida del frigorífico ya precocinada. También abundancia de latas y alimentos congelados y deshidratados.

Sharon preparó una bandeja con canapés de caviar, jamón ahumado, queso…

Se dirigió al salón dejando la bandeja sobre una de las mesas. Retomó a la cocina mordisqueando uno de los emparedados. En busca de un bote de

cerveza.

No llegó a entrar en la cocina.

Quedó en el corredor.

Olfateando a derecha e izquierda. Alarmada por el olor. Un olor penetrante. Fétido.

Nauseabundo. Como el de un animal en descomposición.

Aquel hedor había surgido de súbito.

Sólo una de las puertas del corredor entreabierta. La correspondiente a la habitación de Debra. De allí parecía brotar la pestilencia.

Sharon acudió a la habitación.

La estancia en la oscuridad. La persiana baja y el cortinaje eclipsando el menor resquicio de luz.

La muchacha pulsó el interruptor, pero no se iluminó la lámpara del techo. Avanzó entonces hacia el ventanal. Con intención de subir la persiana. Tampoco funcionó el mecanismo. La única iluminación era la procedente del corredor. Y poco a poco iba disminuyendo.

A espaldas de Sharon, la puerta de la habitación se cerraba lentamente.

Como empujada por una mano invisible.

Sharon se había aproximado a la mesa de noche. Tanteó hasta dar con la lámpara allí depositada. Tiró del cordón.

Sí se iluminó la lámpara de noche, aunque con luz débil y mortecina.

La joven quedó inmóvil.

Sin atreverse a girar.

A su espalda había oído el ruido. Los pasos. Las extrañas pisadas. El arrastrar de un pie por el suelo. Y el jadear. Un ronco y entrecortado jadear.

—Hola, Sharon…

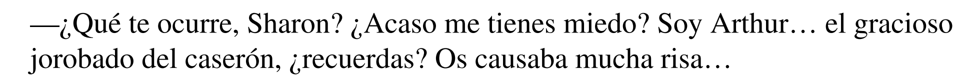
La voz sí hizo girar a Sharon.

Con el rostro desencajado.

Una mueca de terror desdibujó las facciones femeninas. Contemplando alucinada la sombra situada junto a la ya cerrada puerta de la habitación. Hasta allí no llegaba la luz de la lámpara de noche, pero sí resultaba visible el encorvado individuo. Su deforme y gibosa silueta.

—No… no…

El balbucear de la muchacha hizo reír a la fantasmagórica aparición.


—¿Qué te ocurre, Sharon? ¿Acaso me tienes miedo? Soy Arthur… el gracioso jorobado del caserón, ¿recuerdas? Os causaba mucha risa…

—¡No…! ¡No…! ¡Estás muerto…!

La sombra siguió junto a la puerta.

Sin aproximarse a Sharon.

—¿Muerto…? Oh, si… por supuesto, Sharon…; pero he regresado del Más allá. Dejamos algo incompleto en la buhardilla. Te burlaste de mí…

—No… no puede ser…

—Empieza por el strip-teasse, Sharon. Una de vosotras lo sugirió. Un concurso de stripteasse. La ganadora para el apuesto Arthur…

—Yo no…

—¡Empieza!

La siniestra sombra se movió. Grotescamente. Como si iniciara un avance hacia Sharon.

Aquel movimiento provocó un pestilente vaho.

Sí.

Aquel hedor, aquel nauseabundo olor a cadáver, procedía del individuo.

Sharon retrocedió hasta tropezar con el lecho. Con pálido y desencajado rostro llevó sus manos a los botones superiores del vestido camisero. Nerviosamente los fue aflojando uno a uno. El vestido cayó a sus pies.

—Sigue, Sharon.

Poco más quedaba.

Sharon no llevaba sujetador. La única prenda era el diminuto slip de encaje. Lo deslizó por las caderas. Con rapidez. Temblando de pies a cabeza.

Quedó desnuda.

Y entonces la fantasmal sombra avanzó. Con su grotesco cojear. Encorvada. Jadeando gutural.

Hasta ser alcanzada por la luz procedente de la lámpara de noche. Iluminada por ella.

Una luz mortecina, aunque suficiente.

Sharon gritó.

Despavorida.

El alucinante alarido.

Contemplando horrorizada el rostro del jorobado. Un amasijo de carne purulenta.

Llagada. Una deforme masa verdosa y palpitante. Carne supurante donde brillaban con fuerza unos ojos saltones. Unos ojos en blanco. Como dos níveas esferas.

Sharon quiso escapar.

Huir de aquel horror.

No lo consiguió.

Unas manos, unas manos engarfiadas y también plagadas de verdosas costras, atenazaron el cuello de Sharon obligándola a caer sobre el lecho.

La muchacha se debatió en desesperado intento por zafarse de su opresor.

De pronto quedó inmóvil.

Dominada por el terror.

Aquel deforme rostro se había aproximado al de ella. Percibió el peso de aquel putrefacto cuerpo. Y de aquel rostro llagado colgaba uno de los ojos. El izquierdo. Fuera de la órbita. Casi rozando las facciones femeninas.

Sharon comenzó a mover la boca. Una y otra vez. Incapaz de articular sonido alguno. Sí se escuchó la risa. La satánica risa del jorobado al inclinarse sobre la muchacha.

***

Debra subió la escalera que conducía al bungalow.

Había disfrutado de un largo baño. Permaneciendo luego al sol para secarse. Demorando más de lo previsto su retomo a la cabaña.

—¡Eh, Sharon…! ¡Ya estoy aquí!

Fue al entrar al living.

Debra pisó algo viscoso y húmedo.

Algo que la hizo caer aparatosamente. Sobre un charco de líquido rojizo. Sobre algo que parecía…

Debra se incorporó sacudiendo la cabeza perpleja. Limpiándose las manos al maillot.

Contemplando estupefacta aquello del suelo. Eran como… vísceras humanas.

—Sharon… ¡Sharon…!

Debra se asomó al salón.



Pasó seguidamente a la cocina.

—¡Sharon…!

Fue hacia la puerta de su habitación. Entreabierta. Sus manos, todavía manchadas de viscoso líquido rojizo, empujaron la hoja de madera.

Fue entonces cuando, de lo alto de la puerta, le cayó aquello.

Debra alargó instintivamente los brazos.

Atrapándolo entre sus manos.

Y también instintivamente lo soltó. Con un desgarrador alarido. Dejando caer la ensangrentada cabeza de Sharon que con sordo sonido quedó a sus pies.

—¿Qué ocurre, Debra? ¿Acaso no te gusta la broma?

El mofletudo rostro de Debra dibujó una indescriptible mueca. Contemplando aterrada al jorobado que avanzaba hacia ella. Un ser de monstruoso rostro deformado por purulentas llagas.

Debra fue incapaz de reaccionar.

El horror la había paralizado.

—Tú tienes sentido del humor, Debra —dijo la gutural voz prosiguiendo su siniestro avance—. Nos divertiremos… Te tengo reservadas bromas muy buenas…

El penetrante hedor hizo reaccionar a Debra.

Aunque ya demasiado tarde.

CAPITULO IX

Larry Coleman había sido llamado por el teniente Connors para que echara un vistazo a los dos cadáveres. Llegó justo cuando el agente Westrong, un veterano con más de veinte años de servicio, vomitaba aparatosamente.

Sí.

Hacía falta mucho estómago para contemplar aquello.

Sharon decapitada. Con un brutal corte desde la garganta al vientre. El tronco abierto de arriba abajo. Y las vísceras esparcidas por el living. En cuanto a Debra…, aún más espeluznante. Troceada. Escondidos sus restos por todos los rincones del bungalow.

Como un cadáver-puzzle. Como una macabra y diabólica broma.

Larry Coleman retomó a su apartamento ya con la noche dueña de San Francisco.

Y allí sí vomitó.

No sólo dominado por la náusea. También la ira. Un odio hacia el monstruoso asesino. Coleman había contemplado aquellos cuerpos. Sylvia, Paula, Sharon, Debra…

Muchachas jóvenes. Bellas. Convertidas en sanguinolentos cadáveres.

El doble asesinato de Blount Beach, y dada la identidad de las víctimas, era ya divulgado por todas las emisoras de radio. Diferentes cadenas de televisión habían desplazado sus cámaras al lugar del crimen. También estaba allí Walter Parrish. Con sus aires de suficiencia. Hablando de la maldición de los Barrymore. Recreándose en los detalles morbosos del doble crimen. No sólo él. Otros periodistas se centraban en el arma homicida. Un cuchillo eléctrico de cocina y un machete. También se aseguraba que las dos muchachas habían sido violadas.

Y fue en su apartamento donde Larry Coleman recibió la angustiosa y desesperada llamada de Goldie Dixon. Había estado telefoneando desde que se conociera el doble crimen de Blount Beach. Y Coleman ya no se negó. Aceptó el investigar. Y prometió a Goldie Dixon no descansar hasta dar caza al satánico asesino.

Comenzó aquella misma noche.

Abandonando San Francisco.

En dirección a Bessville.

Larry Coleman, mientras conducía por la autopista, no cesaba de manejar

hipótesis.

La más descabellada, la más absurda, era la de dar crédito a la maldición de los Barrymore. El imaginar a Arthur Golstein resucitando en su tumba y vengándose de las cinco muchachas que profanaron la mansión de los Barrymore.

Sí.

Aquello era ridículo.

Sin embargo, Coleman iba camino de la casa de los acantilados. Allí parecía haberse iniciado todo. Las cinco muchachas entrando en el caserón, la muerte de Golstein… y ahora las jóvenes pagando las consecuencias. Tal como quedó escrito en la maldición de los Barrymore.

El Mercury dejó atrás la autopista tomando la comarcal de Bessville. A pocas millas, bordeando la costa, se iniciaban los acantilados. En uno de aquellos miradores, cerca de un motel, se había detenido el autocar de la Bartow Center School. Un lugar ya muy fotografiado por la prensa sensacionalista.

Larry Coleman estacionó en la cuneta.

Bajo unos árboles.

Descendió del auto portando en su zurda una potente linterna. Instintivamente palmeó el revólver acoplado en la funda sobaquera.

Inició el descenso.

Le iba a resultar difícil, en plena oscuridad de la noche, dar con el caserón de los Barrymore. No había luna en el negro manto del cielo. Ni estrellas. Una noche marcadamente tenebrosa. Silenciosa. Sólo turbada por el intermitente sonido de las aves nocturnas.

A mitad de los acantilados sí era audible el golpear de las olas.

Coleman llegó a la pequeña cala. Siguiendo el camino más fácil y accesible. En lógica el utilizado por las muchachas. Desde la ensenada había diferentes puntos de partida.

También se decidió por el más asequible.

Se adentró por entre unos arbustos.

Siempre ayudado por la potente luz de la linterna.

Fue en aquella zona donde deambuló por espacio de una hora. Subiendo y bajando peñascos. Hasta descubrir el sendero. Un pasillo rocoso.

Y al final del sendero, como una fantasmal sombra gigantesca, el caserón.

La mansión de los Barrymore.

Larry Coleman sintió una extraña sensación. Se estremeció. Fue como si le

arrojaran un trozo de hielo por el cuello de la camisa.

Aquella casa, casi al borde del precipicio y castigada por las olas, tenía un algo de siniestro. De satánico.

Llegó ante el caserón.

Proyectó la luz de la linterna por la fachada. Los ventanales. El porche. La escalinata…

Larry Coleman volvió a estremecerse. Tal vez acusando la brisa. El viento que parecía ir en aumento. Avanzó hacia la casa. Se detuvo al pisar el primer peldaño de la escalera.

Aguzó el oído.

Le parecía haber escuchado…

Como si algo se deslizara bajo la escalinata. El remover de un cuerpo. Como el sinuoso avanzar de una serpiente.

Coleman llevó su diestra a la funda sobaquera.

Con el revólver en la mano descendió el peldaño. Bordeó la escalera. Al enfocar la linterna en el recodo de la escalinata, parpadeó estupefacto.

Un saco de dormir.

Y en su interior una muchacha en placentero sueño.

Larry Coleman enfundó el revólver a la vez que proyectaba la linterna hacia el rostro femenino. Y la muchacha respingó mientras profería un ahogado grito.

—Tranquila… No soy el hombre lobo —sonrió Coleman—, ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú?

La muchacha pugnó por salir del saco. Pálida. Aún no recuperada de su brusco despertar.

—Soy… soy la doctora Norris… Charlotte Norris… ¿Es usted policía?

La joven salió finalmente del saco de dormir.

Y Larry Coleman proyectó la luz de la linterna hacia la muchacha. Primero por los pies.

Fue subiendo lentamente. Unos ceñidos pantalones vaqueros modelando las caderas femeninas. Una blusa a cuadros protegiendo unos senos erectos. El pelo corto acentuaba el óvalo de un rostro de bellas facciones. Con unos maravillosos ojos verdes.

La muchacha esquivó el rostro cegada por la luz.

—¿Doctora…?

—Eso he dicho. Doctora en el Centro Psiquiatría Maybell. Y aunque no ha

respondido a mi pregunta, dudo que se trate de un policía. Su insolencia con la linterna no es digna de un representante de la ley. No intente nada contra mí. Voy armada.

El movimiento de la muchacha fue rápido. Llevó su diestra al bolsillo posterior del pantalón. Y apareció empuñando una diminuta automática Wilkinson.

Coleman sonrió.

—Soy detective privado. Mi nombre es Larry Coleman. ¿Quieres ver mi credencial?

—Por supuesto.

Coleman se la mostró.

Y el bello rostro de la muchacha no ocultó un gesto de desahogo.

—¿Y bien, Charlotte? ¿Qué haces aquí?

—Asunto profesional. ¿Y tú?

—También profesional. Doctora en psiquiatría… Dudo que tus pacientes se recuperen. Todos terminarán locos por ti.

—Muy gracioso. Sospecho tu presencia aquí. Motivada por esa fantástica historia de Walter Parrish. Con los crímenes de Frye Road se han desencadenado las más calenturientas mentes y…

—No sólo los de Frye Road —interrumpió Coleman—. Hoy han sido asesinadas dos muchachas más del Bartow Center School. Casualmente dos que, junto con Paula Scott, descendieron hasta aquí. Sus cuerpos aparecieron horriblemente mutilados.

—Dios mío…

—Ya resulta algo más que casual, Charlotte. Fueron cinco muchachas las que entraron en contacto con Arthur Golstein. Con esta casa. Tres de ellas han muerto. He sido contratado por la madre de una de las… supervivientes. Este me parece un buen punto de partida para la investigación.

—¿En busca de un jorobado cojo? He leído esos absurdos…

—En busca del mismísimo Satanás —dijo Coleman, apretando las mandíbulas—. No creo en fantasmas, Charlotte. Ni en las maldiciones del Más Allá. Sólo quiero aplastar a un bastardo hijo de perra.

Larry Coleman fue hacia la escalinata.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Charlotte, siguiéndole—. La casa está cerrada.

—¿Precintada por la policía?

—Oh, no… Sólo que…

La muchacha enmudeció al ver como Coleman subía la escalera y procedía a manipular en el cierre de la puerta de entrada.

Una tenue palidez se apoderó del rostro de Charlotte.

—Larry… no… no puedes hacer eso…

—¿Por qué? ¿Acaso crees tú en fantasmas?

Coleman, con un diminuto y sofisticado juego de ganzúas, logró deslizar el cierre.

Empujó la hoja de madera. La puerta se abrió con penetrante chirriar.

La joven dudó en seguir a Coleman.

Lentamente fue tras él. Cuando ya Larry Coleman había localizado un par de quinqués e iluminado el salón de la casa.

—¿Tienes frío, Charlotte?

La muchacha denegó con un movimiento de cabeza a la vez que trazaba una semicircular mirada por la estancia.

—Ha sido un involuntario estremecimiento.

—Es una casa algo lúgubre.

—¡Larry!

Coleman se había encaminado hacia la artística puerta donde, en bello grabado, figuraba el escudo de los Barrymore. Giró dirigiendo una sonrisa a la pálida joven.

—¿Sí, Charlotte?

—Esa… esa es la habitación… Según la leyenda…

—Una doctora en psiquiatría no puede creer en absurdas maldiciones. Todo es un invento de Walter Parrish.

—No lo es, Larry. Al menos en lo que se refiere a los Barrymore. Aquí habitaron Brian y Rose. Tú no puedes…

—Te equivocas —interrumpió Coleman, secamente—, Sí puedo. Debo hacerlo. Mutilados cuerpos de muchachas me dan licencia a ello.

Larry Coleman abrió la puerta de la habitación.

Casi con violencia.

Lo primero que percibió fue aquel penetrante vaho. Una bocanada de extraño y embriagador perfume.

Encendió un quinqué acoplado en la pared.

Y quedó inmóvil bajo el umbral de entrada. Junto a Charlotte. Ambos contemplando la estancia.

El santuario de amor de los Barrymore.

Los ojos de Larry Coleman se posaron en aquella cama de dosel. En el bello edredón salpicado de pétalos de rosa. Luego se fijaron en el cuadro. En el retrato de Brian Barrymore. El que supuestamente se apareció a Jessica Dixon.

—Larry… esos pétalos… son recientes… Pétalos de una rosa arrancada en el día de ayer o el de hoy…

—Es posible.

—Salgamos de aquí, Larry. Es… es como si profanáramos una tumba… Dudo que sea un lugar adecuado para Dave Taylor.

Charlotte retrocedió hasta el salón.

—¿Taylor? —inquirió Coleman, acudiendo junto a la joven—. ¿Quién es Taylor?

—Uno de mis pacientes. Y también el heredero de Arthur Golstein.

Una mueca de perplejidad se reflejó en el rostro de Coleman.

—¿Heredero…?

—La muerte de Arhur Golstein ha sido un duro golpe para Dave. Estaban muy unidos. Desde hacía ya más de tres años. El Centro Psiquiatría Maybell es una institución benéfica. Especializada en enfermos mentales sin recursos o abandonados. Dave Taylor fue ingresado cuando era un niño. Sin familia. Ahora es ya un joven apuesto de veinticinco años de edad. Hace unos tres años se presentó Arthur Golstein en el Centro Psiquiatría Maybell. Con intención de hacerse cargo de uno de los muchachos internados.

—Pero…

—Déjame continuar —interrumpió Charlotte, con leve sonrisa—. No se trataba de una adopción. Golstein se ofrecía a dar trabajo y hogar a uno de los muchachos. Ese es uno de los más graves problemas del Centro. El dar de alta a alguno de los pacientes y no poder proporcionarle un hogar y un trabajo. Golstein pareció interesarse por Dave Taylor. Una vez al mes, Dave podía disfrutar de un régimen de libertad por espacio de tres días. Siempre que se nos notifique donde se encuentran y el estar bajo custodia. Se ofreció Golstein. Y Dave Taylor pasó días maravillosos aquí. En esta casa. Durante más de tres años, en esos breves días al mes, fue un muchacho feliz. Incluso parecía recuperado por completo. Su mente enfermiza pasó a ser privilegiada. Tal vez en demasía.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno… Dave llegó a tener poderes psíquicos. En más de una ocasión tuve la sensación de que podía leer mi pensamiento. Dave iba a ser dado de alta. Iba a salir del Centro Psiquiatría Maybell. Su nuevo hogar sería éste, junto a Arthur Golstein. En ocasiones es imposible dar el alta a un paciente por carecer de lugar donde ir. Con Dave no existía ese problema Tenía a Arthur Golstein. Un hombre solitario y extraño, pero sin antecedentes y dotado de una gran inteligencia. No resultaba agradable su deforme aspecto físico, aunque eso no era inconveniente alguno para que Dave fuera a vivir aquí. Ahora, con la muerte de Golstein, todo ha cambiado.

—¿Dónde está Dave Taylor?

—Salió del centro para disfrutar de sus días de asueto. Hace ya cuatro días. Hoy tenía que haberse presentado. No lo ha hecho.

—¿Ya sabe lo de Golstein?

—Por supuesto. Y también que ha sido nombrado su heredero. Puede vivir aquí en la casa y disfrutar de una pequeña renta vitalicia, con la sola condición de cuidar la casa. Dave es uno de los pacientes a mi cargo. Decidí pernoctar aquí por si aparecía Dave.

—Dave está muy ocupado asesinando muchachas.

Charlotte parpadeó.

—¿Insinúas que…? ¡Es ridículo! Dave es incapaz de…

Una súbita ráfaga de aire huracanado hizo abrir el ventanal de la habitación de los Barrymore. Con fuerza. La puerta se cerró de seco portazo.

Larry Coleman acudió a cerrar el ventanal.

Los pétalos de rosa habían caído del lecho y ahora salpicaban el suelo de la habitación.

Coleman cerró el ventanal. Interrumpió el iniciado ademán de alisar el cortinaje.

Quedó con la mirada fija en el cristal. Desde allí era visible la tumba. Casi al borde del precipicio. Salpicada por las embravecidas olas del mar. La tumba de Arthur Golstein.

Larry Coleman palideció al divisar la sombra.

Una sombra que avanzaba hacia la tumba. Una sombra encorvada que cojeaba al andar.

***

—¡Larry…! ¿Qué ocurre?

Coleman hizo caso omiso a la llamada de la muchacha. Salió como una

exhalación de la casa. En la escalinata fue azotado por una fuerte lluvia. El cielo se iluminaba con ensordecedores rayos que parecían rasgar el manto de la noche.

—¡Quieto…! ¡Alto o disparo!

Larry Coleman había bordeado la casa. En veloz carrera. Divisó a la fantasmal sombra moviendo una roca cercana a la tumba.

Y la sombra no obedeció la orden de Coleman.

Avanzó con un rugir infrahumano.

Un nuevo relampaguear en el cielo. Iluminando fugazmente la siniestra sombra. Su rostro deforme. Llagado. Los saltones ojos níveos. Las manos engarfiadas y purulentas.

Aquella monstruosa visión paralizó a Coleman.

Y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. El deforme individuo se había abalanzado sobre él. Rodaron por el suelo. Intercambiando duros golpes. Azotados por la lluvia y el viento en atronadora tempestad.

Larry Coleman logró conectar un potente trallazo al rostro de su atacante.

Y contempló aterrado como el ojo izquierdo saltaba de aquel supurante rostro. Aquel espeluznante espectáculo paralizó nuevamente a Coleman. Y su contrincante aprovechó para golpearle la cabeza contra una roca. Una y otra vez. Ya junto al precipicio, tiró de Coleman con intención de arrojarla al vacío.

Fue entonces cuando sonó la detonación.

No originada por un relámpago, sino por la Wilkinson empuñada por Charlotte que, pálida y temblorosa, había contemplado la salvaje pelea.

El deforme individuo recibió el impacto en el pecho. Cayó de bruces. Larry Coleman, aunque aturdido, se arrastró hasta el caído. Le hizo girar. También había saltado el ojo derecho del horripilante rostro. Y trozos de piel colgaban a jirones. Salpicados por torrencial lluvia.

Coleman procedió a arrancar aquellos jirones de piel.

Hasta descubrir el atractivo rostro de un individuo joven. También encontró bajo la camisa unas correas que sujetaban un postizo a la espalda. Uno de los zapatos con una gruesa suela.

—Dave…

El leve susurrar de Charlotte no fue audible para Coleman. Tampoco fue necesario. Ya imaginaba la identidad del individuo. Este entreabrió los ojos. Unos ojos azules hasta entonces ocultos bajo los postizos.

—Hola, doctora Norris…

Charlotte se había inclinado sobre el caído.

—Dave… ¿por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Has sido tú quién…?

El individuo asintió.

Con una sonrisa.

—Sí…, aunque no he podido completar la maldición… Mis manos aún están calientes con la sangre de Julie Preston… Era la cuarta… queda Jessica, pero no importa… También ella será alcanzada por la maldición…

—No existe tal maldición, Dave. Ha sido tu mente enfermiza la que te impulsó.

—¿Mi mente enfermiza? —rio Dave Taylor, dejando escapar un hilillo de sangre por la comisura de los labios—. Mi mente es poderosa, doctora… Al igual que era la de Arthur. El recibió los poderes y enseñanzas de Rose Barrymore. Poderes sobrenaturales. Y Arthur me los transfirió a mí. Era fácil el comunicarnos mentalmente a distancia. Algo superior a la vulgar telepatía. Así se comunicó Arthur… mientras agonizaba en los acantilados… entró en trance conmigo… Me informó de todo lo ocurrido en la casa. Con todo detalle. Las burlas de las muchachas. La profanación del santuario de amor de los Barrymore… Los Barrymore… Arthur se debía a ellos. También yo. Yo estaba destinado a ser el guardián… a reemplazar a Arthur… pero antes debía cumplir la maldición de los Barrymore… Muerte atroz para los que profanaron el hogar de los Barrymore… Y han tenido una muerte amenizada con el más espeluznante de los horrores… Les hice creer que eran atacadas por el mismísimo Arthur… ¿Recuerda mis dotes de actor, doctora? Siempre destacaba en las representaciones teatrales del Centro… Me he caracterizado bien… Esa roca… hay un pasadizo secreto que conduce hasta la buhardilla de la casa… Allí está mi maquillaje, los postizos, injertos de piel, ojos de cristal, lentillas… Todo lo necesario para dar a mi rostro una monstruosa máscara de carne quemada… Ha sido maravilloso… el horror de ellas… la muerte… el mutilar sus cuerpos… el someterlas…

Charlotte había ocultado el rostro entre sus manos.

Horrorizada por la confesión del individuo.

—Ha muerto, Charlotte —murmuró Coleman—. Ven… vamos a la casa.

—Sí.

Dave Taylor había muerto. Con los ojos muy abiertos. Con una extraña mueca reflejada en el rostro. Una sonrisa. Como si en el Más Allá fuera recibido por el mismísimo Barrymore.

Larry Coleman, rodeando protectoramente los hombros de Charlotte, se

encaminó hacia la casa. Se adentraron en el salón.

—Esperaremos aquí hasta que pase la tormenta, Charlotte. Luego acudiremos a la policía y…

Coleman se interrumpió.

Alertado por la súbita palidez de Charlotte. Los ojos femeninos estaban fijos en la abierta habitación de los Barrymore. Era visible el lecho. La cama de dosel.

También Larry Coleman palideció.

Contemplando alucinado el lecho plagado de pétalos de rosa.

EPILOGO

Larry Coleman vació el vaso de whisky.

—¿Te das cuenta, Charlotte? La policía no detecta nada sobrenatural. Máxime después de hablar con el director del Centro Psiquiatría Maybell. Dave estaba en posesión de poderes psíquicos. Como si pudiera leer el pensamiento. Le resultó fácil adelantarse a sus víctimas y esperarlas. Como hizo en la cabaña de la playa y en…

Charlotte chasqueó la lengua.

Con un mohín en su bello rostro.

Acudió para sentarse junto a Coleman en el sofá.

—Tengo una amiga especializada en parapsicología. Le comenté lo de… lo de los pétalos de rosa. Y dice que fue Brian Barrymore quien los colocó. Todos estamos dotados, además de un cuerpo físico, otro astral y un tercero espiritual. Es astral es un doble etéreo del cuerpo físico. Los espíritus existen, Larry. Se apareció a Jessica y también es ahora el guardián de la casa… Brian fue quien cubrió de pétalos el lecho de su amada.

Coleman volvió a servirse un vaso de whisky.

Sentía un nudo en la garganta.

—Sólo sé una cosa, Charlotte. Cinco muchachas penetraron en aquel caserón. Cuatro están muertas. La quinta, Jessica, ingresada en un centro psiquiátrico. Perdida la razón ante los monstruosos asesinatos de sus compañeras. Consciente de que también ella estaba sentenciada. Se ha cumplido la maldición de los Barrymore.

—Jessica se recuperara.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Me he interesado por ella. Está al cuidado del doctor Hackford. El mejor de California. También él corrobora mi diagnóstico. Jessica se recuperará. No hay tal maldición. Sólo la obra de un loco llamado Dave Taylor.

Coleman se aproximó a la muchacha.

La besó fugazmente en los labios.

—Tienes razón, Charlotte. Sólo un toco puede ser capaz de semejantes crímenes. Lo único bueno de esta espeluznante historia es el haberte conocido.

—¿Qué me dices de los veinticinco mil dólares de la señora Dixon?

—Mi mejor paga de detective privado —sonrió Coleman—, Pienso comprarte un maravilloso anillo de compromiso.

Charlotte parpadeó.

—¿Un qué…?

Coleman volvió a besar los labios femeninos.

—Me gusta tu apartamento, Charlotte. Mucho mejor que el mío. Y pienso trasladarme aquí. Esta misma noche iré a buscar mis cosas. Y ya que vamos a compartirlo, mejor casamos. ¿No opinas igual?

—Eres… eres un…

Larry Coleman acalló las protestas femeninas con un tercer beso. Este más apasionado. Correspondido ardientemente por Charlotte.

Culminaba una alucinante historia de violencia, terror y muerte.

Ahora se iniciaba una historia de amor.

FIN